

Literatura  Justicia

# Tom Sawyer Detective

Mark Twain

*Prólogo de Lucrecia Maldonado*

---

Prohibida su venta

---







COLECCIÓN

Literatura *Y* Justicia





**Mark Twain**

**Tom Sawyer  
Detective**

Prólogo de  
Lucrecia Maldonado

COLECCIÓN  
Literatura  Justicia

Presidente del Consejo de la Judicatura

Gustavo Jalkh Röben

Vocales

Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez

Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

Consejo Editorial

Juan Chávez Pareja / Néstor Arbito Chica

Efraín Villacís / Antonio Correa Losada

Director de la Colección

Efraín Villacís

Editor General

Antonio Correa Losada

Director de la Escuela de la Función Judicial

Tomás Alvear

© **Tom Sawyer Detective de Mark Twain**  
**Traducción del inglés de J.R. Salvador, 2014.**

ISBN 978-9942-8513-6-9

- Fotografía de Portada Andrés Laiquez  
Agradecemos la colaboración de Adrián López y Romel Romo
- Diseño y Diagramación  
Alejandra Zárate / Jonathan Saavedra
- Revisión Bibliográfica  
Gustavo Salazar
- Revisión y Corrección de Textos  
Susana Salvador / Estefanía Parra
- Equipo Periodístico y Redacción  
Juan Carlos Moya / Javier Lara Santos
- Apoyo Administrativo Editorial  
Gabriela Castillo / Johanna Zambrano
- Apoyo Técnico Gaceta Judicial  
Santiago Araúz

Editógran S.A.

Distribución Diario *El Telégrafo*

Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura

Reina Victoria N23-101 y Wilson

[www.funcionjudicial.gob.ec](http://www.funcionjudicial.gob.ec)

Este libro es una publicación de distribución gratuita y sin fines de lucro

Quito, Ecuador 2014.

# Contenido

<i>Prólogo</i> de Lucrecia Maldonado	9
I	
Una invitación para Tom y Huck	17
II	
Jake Dunlap	27
III	
Robo de diamantes	37
IV	
Los tres durmientes	51
V	
Tragedia en el bosque	61
VI	
Proyectos para salvaguardar los diamantes	69
VII	
Noche de vigilancia	81
VIII	
Conversación con el fantasma	91
IX	
Descubrimiento de Júpiter Dunlap	103
X	
Arresto de tío Silas	115
XI	
Tom Sawyer descubre a los asesinos	123





## *Haciendo justicia a la mirada infantil*

**T**ení a ocho años cuando de algún rincón de la casa de mi abuela, donde pasaba la mayor parte del tiempo, entró a mi vida la historia de un niño huérfano que vivía con su tía solterona en algún lugar de los Estados Unidos de mediados del siglo XIX.

Hacía años que yo ya leía, es decir, hacía años que conocía los sonidos que representaban los dibujos de las letras y cómo se engarzaban en palabras escritas. Hacía años que, como los niños en primer grado, repetía en alta o media voz las palabras que se me cruzaban por el camino mientras caminaba por la calle, o deambulaba por la vieja casa de mis abuelos. Sin embargo era la primera vez en mi vida que un libro completo me salía al paso. Y era un libro que hablaba de mí aunque no hablara de mí. Me explico: era la historia de un niño un poco mayor que yo, huérfano... bueno, yo no era huérfana, pero

## Mark Twain

algo parecido, pues al ser hija mayor de cuatro, y al habernos tenido mi madre en un lapso de cinco años, no podía encargarse de mí como hubiera sido de desear. Yo no vivía en la casa de una tía solterona, sino en una casa de tres tías que acababan de inaugurar la orfandad y que estaban todavía y para siempre solteras. Esos eran mis parecidos con aquel Tom Sawyer, el niño protagonista de la novela que había caído en mis manos.

En todo lo demás éramos diferentes: él vivía en un país desarrolladísimo, yo en el tercer o cuarto mundo; él era niño, yo niña; él hablaba inglés, yo todavía no; él vivía en el campo, yo en la ciudad; él tenía cerca uno de los ríos más caudalosos del mundo, yo... el Machángara... Y precisamente ahí radicaba la magia: no, en el Machángara no, sino en que de repente se me abría ante los ojos la maravilla de un mundo al que la única posibilidad de acceso me estaba dada por las letras y las palabras entrelazadas en las geniales aventuras de aquel niño travieso, sagaz y díscolo (yo no lo era), pero también con un corazón grande y generoso como el de la mayoría de los niños mientras no venga a pasar nada espantoso que les agríe la sangre o les encoja el alma.

Ese fue mi primer encuentro con una novela completa, con una obra maestra de la literatura juvenil, con *Las aventuras de Tom Sawyer*, la primera puerta que se me abrió a la magia de las narraciones

que te muestran mundos en donde de alguna manera también se puede vivir, y que me enseñó que no hace falta moverse del mueble donde se está leyendo para viajar en el tiempo y en el espacio como la ciencia ficción jamás lo imaginó.

Tom Sawyer, el niño protagonista de esta bellísima novela también protagonizó otras aventuras e historias: como compañero de vida y gran amigo del famoso Huckleberry Finn, el niño huérfano del pueblo en donde se desenvolvían las peripecias de ambos, y el libro que ahora nos ocupa: *Tom Sawyer detective*. Pero vamos por el principio. ¿Quién fue el autor y el responsable de la fascinación que estas bellas novelas, entre otras, provocaron en mi vida? Se llamó Samuel Langhorne Clemens pero prefirió llamarse Mark Twain. Nació en el Sur de Estados Unidos, en Missouri, en 1835, y murió en Connecticut en 1910.

Orador, poeta, narrador y humorista, su obra se caracterizó siempre por una visión no por ligera menos crítica de la realidad norteamericana de su tiempo. En sus novelas aparentemente juveniles ensayó también, con innegable gracia, los viajes en el tiempo y la teoría del doble, respectivamente, en novelas como *Un yanqui en la corte del Rey Arturo* y en *El príncipe y el mendigo*.

En sus relatos, detrás de una apariencia de liviandad y una actitud desenfadada, inocente y al

## Mark Twain

tiempo irónica e incluso un poquito cínica ante las vicisitudes del mundo, se nota un agudo sentido de observación de la naturaleza humana.

A propósito del cariño que el pueblo norteamericano tenía por la obra de Mark Twain, dijo el famoso inventor Thomas Alva Edison: «Un norteamericano ama a su familia. Si le sobra espacio para amar a otra persona por lo general escoge a Mark Twain». Y no sorprende, porque los relatos de Mark Twain, más allá de las características que hemos mencionado, también tienen la gracia, entre la observación y la crítica, entre el leve cinismo, la ironía y el humor agudo, de ser profundamente entrañables. De otra forma no se explica cómo una niña de ocho años pudo haberse sentido tan conmovida y fascinada por las aventuras de Tom Sawyer y sus pequeños amigos a orillas del río Mississippi.

La vida de Mark Twain estuvo marcada por el amor y la tragedia. Desde muy joven se enamoró de quien sería su compañera de por vida, Olivia (Livy) Langdon, con quien tuvo tres hijas. Las sombras en esta bella historia de amor las pusieron los problemas financieros y, finalmente, el fallecimiento de la misma Livy y la muerte de dos de las tres hijas de la pareja por causas absolutamente naturales.

En los últimos años de su vida, Mark Twain, abatido por estas tragedias, cambió el tono y el estilo

de sus narraciones y llegó a manifestar el deseo de abandonar este mundo. Había nacido en el año en que se avistó el cometa Halley y también falleció alrededor del siguiente avistamiento de este astro, por lo cual él mismo decía, poco antes de su muerte: «Vine al mundo con el cometa Halley en 1835. Vuelve de nuevo el próximo año, y espero marcharme con él. Será la mayor desilusión de mi vida si no me voy con el Cometa Halley. El Todopoderoso ha dicho, sin duda: “Ahora están aquí estos dos fenómenos inexplicables; vinieron juntos, juntos deben partir”. ¡Ah! Lo espero con impaciencia».

En su literatura, en su vida y sobre todo en su pensamiento, Mark Twain fue ante todo un revolucionario. Muy crítico de la carrera imperialista de su país, llegó a decir que las estrellas en la bandera norteamericana debían ser reemplazadas por calaveras por la manera en que el gobierno y el ejército obtenían los triunfos y las victorias que adjudicaban cada vez más poder al país del norte. Y en su obra se demuestra también la simpatía que tenía por los niños, por los huérfanos, por los pobres, por los esclavos negros, los negros que ya no eran esclavos, las mujeres y otras minorías oprimidas de su tiempo y de todos los tiempos.

Aunque más bien tradicional en su estilo, también revolucionó la literatura de su época a partir de la temática, el humor, el trazado de personajes y

## Mark Twain

la elección de circunstancias narrativas, por lo que se ha llegado a afirmar que la narrativa norteamericana moderna tiene su origen en su genial novela *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

La historia de *Tom Sawyer detective* está llena de intriga desde el primer momento. Como en otros relatos de toda la literatura universal, Mark Twain emplea el recurso de enfocar los hechos más complicados a través de la inocente, aunque no siempre ingenua, mirada de los niños.

Todo comienza con un viaje de visita que hace Tom hacia la casa de su tía Sally, acompañado de su amigo inseparable, Huckleberry Finn. El conflicto de la novela tiene un origen familiar: un pretendiente de oscuros antecedentes para la prima de Tom. La negativa del tío Silas, padre de la muchacha ante este pretendiente lo conduce a compensar su actitud con un compromiso peligroso: contratar al hermano menor del pretendiente para operar en el barco que llevará a los niños hasta su casa a través del río Mississippi. Existe un turbio negocio relacionado con robo y ocultamiento de diamantes, que finalmente termina en un oscuro asesinato aparte de una falsa acusación. Ya desde el barco los niños comienzan a percibir extrañas circunstancias que despiertan su natural curiosidad infantil. Poco a poco descubren los entretelones de los hechos delictivos y se van involucrando en la investigación hasta llegar al término de la historia que

termina como toda historia policial que se respete, aunque este no es el lugar para dar detalles.

Se dijo más arriba que Mark Twain utilizaba los recursos del humor y la presencia de niños en sus novelas (en una época en la que todavía no se descubría la mina de oro que representaba la literatura infantil y por lo mismo no se estimulaba tanto la creación de libros para niños) para presentar sucesos y acontecimientos más bien duros y a veces incluso sórdidos. Los entretelones y oscuros vericuetos de la naturaleza humana como la orfandad, el desamor, la malicia, la deshonestidad y la delincuencia se ven atenuados, aunque nunca justificados a través de la mirada límpida y sagaz de los dos niños hijos de la imaginación del genial escritor norteamericano, ambos huérfanos, pero mientras el uno ha sido acogido por el corazón compasivo de la tía Polly, el otro ha probado la miseria y la soledad de la orfandad en medio de las calles del pueblo, aunque después haya sido también acogido por una viuda rica.

En *Tom Sawyer detective*, resulta irónico además que sea la curiosidad, el agudo sentido de observación de la naturaleza humana y la sagacidad de un niño lo que resuelva finalmente el intríngulis legal de un complejo crimen. En el fondo se puede hablar de una burla a un sistema de justicia (el norteamericano de aquel entonces) que priorizaba los prejuicios ante la



realidad de los hechos y que, como sucede casi en todas partes del mundo, ansiaba encontrar salidas rápidas antes que hurgar en los últimos móviles y las verdaderas motivaciones de los hechos. Es curioso cómo el abogado defensor del viejo Silas, así como el juez entregan toda su confianza a un menor de edad antes de ponerse a hacer ellos su parte del trabajo con la responsabilidad y la minuciosidad necesarias. Y de este modo, Tom Sawyer se vuelve a convertir en el héroe que siempre ha sido, pues supera el prejuicio y utiliza aquellos recursos que tal vez sobran en la infancia pero que se desprecian por no considerarse suficientemente académicos o formales: la curiosidad, la sagacidad y sobre todo la capacidad de observación del mundo adulto más allá de lo preestablecido y preconcebido.

Intriga, suspenso, tensión narrativa unidos a sentimientos tan nobles como la amistad, pero también enlazados por una entretenidísima trama y por unos recursos de humor y narración que no nos permiten dejar la lectura un instante son los méritos principales de este hermoso relato.

Y por eso, por todo lo anotado, aunque no soy norteamericana, si tengo que amar a alguien más aparte de mi familia, por supuesto que sería a Mark Twain.

**Lucrecia Maldonado**

# I

## Una invitación para Tom y Huck\*



ueno, nos hallábamnos en la primavera siguiente al año en que yo y Tom Sawyer pusimos en libertad a nuestro viejo negro Jim, cuando estuvo encadenado como esclavo fugitivo en el rancho que el tío de Tom, Silas, tenía en Arkansas. El invierno se iba desprendiendo poco a poco de la tierra, y del aire también, y se acercaba cada día más el tiempo de ir con los pies desnudos. Después llegaría la estación

---

\* Extraños como son los incidentes de esta historia, no son invención sino hechos, incluso para la confesión pública del acusado. Los tomo de un antiguo juicio criminal sueco, cambio los actores y transfiero las escenas a Estados Unidos. He añadido algunos detalles, pero solo un par de ellos son importantes. (N. del A.)

de la magia; luego la de los trompos y aros, en seguida la de las cometas, y por último el verano y podríamos ir a nadar. Mirar al futuro y darse cuenta cuán lejos está el verano hace que el niño se ponga nostálgico y se aburra soberanamente. Eso le hace suspirar y entristecerse, le inquieta, sin que sepa la razón. Por eso se desalienta y piensa; caza un lugar solitario, en algún cerro alto al filo de un bosque; en él se aloja, y mira al horizonte, por el gran Mississippi, abarcando millas y millas a la redonda, los territorios nebulosos y confusos, tan lejanos y sedentarios, y todo es tan solemne que parece que todos los que amó están muertos y desaparecidos y casi desea también haber muerto o desaparecido, y abandonarlo todo.

¿No sabes lo que es? La fiebre de primavera, ese es su nombre. Y cuando la adquieres, deseas... ¡Oh! No sabes exactamente lo que deseas, pero hace que te duela el corazón de tanto desearlo. Te parece que lo que principalmente necesitas es huir; huir de las tediosas cosas de siempre que tan acostumbrado está

uno a presenciar y que tanto agotan; y ver algo nuevo. Esta es la idea. Necesitas convertirte en aventurero; explorar lejos, por países extraños donde todo es misterioso, romántico y maravilloso. Y si no puedes hacerlo, deleitarte con bastante menos, todo con tal de largarte, agradeciendo la ocasión.

Bueno, yo y Tom Sawyer teníamos la fiebre de primavera, y con fuerza; pero no tenía ningún sentido pensar en Tom intentando marcharse porque, como él decía, su tía Polly no le permitiría abandonar el colegio para perder el tiempo holgazaneando; de modo que andábamos descorazonados. Un día, alrededor del atardecer, estábamos sentados en los escalones delanteros, charlando sobre ello, cuando salió tía Polly con una carta en la mano, y dijo:

—Tom, creo que debes hacer el equipaje y marcharte a Arkansas... tu tía Sally te necesita.

Casi salgo de mi piel de la alegría. Supuse que Tom volaría hacia su tía y le abrazaría aparatosamente; pero, créeme, se plantó ahí como una roca y no dijo ni una palabra. Estuve a punto de lanzar-

me en llanto al verle actuar tan tontamente frente a semejante oportunidad. Si no hablaba y expresaba su gratitud, ¡la perderíamos! Pero se quedó inmóvil, pensando y pensando, hasta que me sentí tan angustiado que no supe qué hacer; entonces dijo, tan calmado que le habría caído a golpes:

—Bueno, lo siento muchísimo, Tía Polly, pero temo que tendré que excusarme... por ahora.

Tía Polly se quedó tan pasmada y enfurecida ante semejante atrevida insolencia, que no pude decir ni una palabra por más de medio minuto; lo que me dio la oportunidad de co-dear a Tom y susurrar:

—¿Estás en tu juicio? ¿Rechazar una oportunidad tan noble y desperdiciarla?

Pero Tom no se inmutó y murmuró:

—Huck Finn, ¿quieres que le deje ver la ansiedad que tengo de irme? ¡No! Empezaría a dudar inmediatamente y a inventar una retahíla de enfermedades, peligros y objeciones, y tú eres el primero en saber que acabaría por retractarse. Déjame a mí solo. Te aseguro que sé cómo manejarla.

Nunca se me hubiera ocurrido algo así, pero él tenía razón. Tom Sawyer siempre tenía razón: ¡la cabeza más equilibrada que he visto en mi vida! y siempre dueño de sí en cualquier circunstancia. Para entonces, su tía Polly estaba lista nuevamente y se desahogó. Ella dijo:

–¿Que lo sientes muchísimo? ¡¿Tendrás que excusarte?! ¡En mi vida he oído cosa igual! ¡Hablarle de ese modo...! ¡A mí! ¡Desaparece de aquí... y a empacar tus trapos! Y si oigo otra palabra de tu boca sobre lo que tendré que excusarte o no...te juro que te excusaré con... ¡una rama de fresno!

Le dio un golpe en la cabeza con su dedal cuando nos escurríamos, y Tom dejó de lloriquear en cuanto llegamos a la escalera. Arriba, en su cuarto, me abrazó, estaba loco de emoción porque iba a viajar. Y me dijo:

–Antes de que nos vayamos ella deseará no haberme dejado marchar, pero ya no encontrará la forma de impedirlo. Después de lo que ha dicho, el orgullo no le permitirá volverse atrás.

Tom empacó en diez minutos, todo excepto

lo que le prepararían su tía y Mary; luego esperamos diez más para que su tía se calamara y volviera dulce y amable de nuevo; según Tom, para eso eran necesarios diez minutos cuando la mitad de su plumaje estaba erizado, y veinte cuando lo estaba totalmente; y esta era una de esas veces en que lo tenía completamente levantado. Luego bajamos, pues teníamos apuro por conocer lo que decía la carta.

Tía Polly estaba sentada en un escritorio oscuro, con el papel en su falda. Nos sentamos, y dijo:

—Por allá se encuentran en un considerable problema, y creen que tú y Huck les servirán de diversión... «de consuelo», dicen. Yo creo que lo obtendrán, tanto por tu parte como por la de Huck Finn. Hay un vecino llamado Brace Dunlap que lleva tres meses deseando casarse con su Benny; y por fin le han dicho, de una vez por todas, que no; por lo que él se ha irritado con ellos, y esto les tiene preocupados. Sospecho que es alguien a quien es preferible tenerle de su lado, porque han tratado de complacer

contratando al bueno para nada de su hermano para que ayude en la granja sin necesitarlo, cuando a duras penas pueden ellos sostenerla. ¿Quiénes son los Dunlap?

—Viven a eso de una milla de la casa de tío Silas, Tía Polly —por ahí todos los agricultores viven a una milla de distancia— y Brace Dunlap es uno de los más ricos y posee todo un atado de negros. Es viudo, de treinta y seis años, sin hijos; y está orgulloso de su dinero y su poder; y todo el mundo le tiene un poco de miedo. En mi opinión, él creyó que podía tener a cualquier muchacha que él quisiera con sólo pedirla; y se debe haber exasperado cuando descubrió que no podía obtener a Benny. ¡Menos mal! Benny tiene la mitad de años de Brace, y es dulce y amable... ¡ya la conoce usted! Pobre tío Silas... —¡oh!, es lamentable que se vea obligado a con-  
graciarse de ese modo— tan apesadumbrado y tan pobre, y tener que mantener a ese inútil de Júpiter Dunlap para agradar al hermano!

—¡Vaya nombre!... Júpiter... ¿De dónde lo ha sacado?



—Es sólo un apodo. Creo que olvidaron su verdadero nombre hace mucho tiempo. Tiene ahora veintisiete años, y lleva el apodo desde la primera vez que fue a nadar. El maestro de escuela le vió un lunar obscuro del tamaño de un *dime*<sup>1</sup> encima de la rodilla izquierda, y cuatro lunarcitos más pequeños a su alrededor; cuando ese Dunlap se desnudaba, dijo que le recordaba a Júpiter y sus lunas; a los niños les pareció chistoso y empezaron a llamarle Júpiter, y Júpiter se ha quedado. Él es alto, haragán, bellaco, avariento, y muy cobarde; pero bueno de naturaleza; tiene el pelo café y largo, y no tiene barba; no tiene ni un centavo, y Brace le mantiene por nada, le da su ropa usada, y le desprecia. Júpiter tiene un hermano gemelo.

—¿Y cómo es el otro gemelo?

—Exactamente igual a Júpiter, según dicen. Por lo menos, lo era; pero no ha sido visto desde hace siete años. Se dedicó a robar cuando

---

<sup>1</sup> Moneda de plata equivalente a diez centavos de dólar. (N. del E.)

contaba diecinueve o veinte años, y le atraparón; pero se escapó de la cárcel y se largó... según parece hacia el Norte, hacia aquí. De vez en cuando sabían de él robando y asaltando caminos, pero fue hace muchos años. Está muerto ahora, o por lo menos, eso aseguran. Ya no hablan de él.

—¿Cómo era su nombre?

—Jake.

Por un buen rato, no se pronunció palabra; la anciana mujer reflexionaba. Finalmente, dijo:

—Lo que más está preocupando a tu tía Sally es el mal humor que ese hombre Júpiter provoca en tu tío.

Tom estaba asombrado, y yo lo mismo. Tom dijo:

—¿Mal humor? ¿Tío Silas? ¡Debe estar jugando! No sabía yo que él tuviera algún tipo de humor.

—Le induce a verdadera cólera, según cuenta tu tía Sally; dice que actúa como si realmente quisiera golpear al hombre.

—Tía Polly, esto supera a todo lo que he oído en mi vida. ¡Pero si es tan dulce como un manjar!

—Bueno, ella está preocupada, de todas formas. Dice que tu tío Silas ha cambiado mucho, debido a este altercado. Y los vecinos chismosean y lanzan toda la culpa a tu tío, lógicamente, porque es predicador, y su oficio no es disputar. Dice tu tía Sally que él detesta subir al púlpito, pues está avergonzado; y la gente ha empezado a recibirle fríamente, y ya no es tan popular como antes.

—¡Vaya! ¿No es extraño? ¿Por qué, tía Polly? Él ha sido siempre bueno, gentil, soñador, despreocupado, ingenioso y amable... ¡Oh! ¡Era un verdadero ángel! ¿Qué sospecha usted que le pueda ocurrir?

## II

### Jake Dunlap



uvimos una buena suerte poderosa porque dimos con un *sternwheeler*<sup>2</sup> procedente del Norte y con destino a uno de los ríos de Louisiana; por lo cual pudimos viajar por todo el Alto Mississippi, y luego por todo el Bajo Mississippi, hasta aquella granja en Arkansas, sin tener que cambiar de barco en Saint Louis; no estuvimos lejos de recorrer mil millas de un tirón.

Un barco de verdad solitario; había unos pocos pasajeros, y todos viejos, sentados por

---

<sup>2</sup> Barco de río cuyo mecanismo de movimiento es una hélice en la popa. (N. del E.)

ahí, apartados y somnolientos. Estaba muy silencioso. Nos demoramos cuatro días en salir del «alto río», porque encallábamos a menudo. Pero no fue duro... no podía serlo para dos niños viajeros, claro.

Desde el comienzo, yo y Tom coincidimos en que había alguien enfermo en el camarote junto al nuestro, porque las comidas eran llevadas siempre ahí por los meseros. Por aquí y por allá preguntamos sobre ello. Tom lo hizo y el mozo nos dijo que había allí un hombre, pero que no parecía enfermo.

—Bueno, ¿pero no está enfermo?

—No lo sé; quizá lo esté, pero me parece que está fingiendo.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Pues... si estuviera enfermo, se sacaría la ropa tarde o temprano. ¿No creen ustedes que lo haría? Bueno, pues este no. Por lo menos, no se quita nunca las botas.

—¡Que extraño! ¿Ni siquiera cuando se acuesta?

—No.

Todo era evidente para Tom Sawyer, un misterio lo era. Si pusieran delante de él y de mí un misterio y un pastel, no sería necesario que escojamos; el caso se resolvería por sí mismo. Porque, por naturaleza, yo siempre he corrido tras el pastel, en tanto que él, también por naturaleza, siempre ha ido tras el misterio. Las personas fueron creadas diferentes. Y es lo mejor. Tom dijo al mozo:

—¿Cuál es el nombre de ese hombre?

—Phillips.

—¿Dónde embarcó?

—Creo que en Elexandria, más allá del Iowa.

—¿Por qué crees que aparenta?

—No tengo ninguna noción... nunca me lo pregunté.

Me dije a mí mismo: “He aquí alguien más que corre tras el pastel”.

—¿Alguna particularidad en él? ¿La forma de actuar o hablar?

—No, nada; salvo que parece atemorizado, y mantiene la puerta cerrada noche y día; y cuan-

do se llama no deja pasar hasta que abre la rendija de la puerta y ve quién es.

—¡Interesante! Me gustaría echarle un vistazo. Dime, la próxima vez que entres, ¿no crees que podrías empujar la puerta, y...?

—¡No! ¡Imposible! Está siempre detrás de ella. Nos bloquearía la jugada.

Tom estudió la movida, y por fin dijo:

—Oye. ¿Me prestas tu delantal y dejas que le lleve el almuerzo por la mañana? Te daré una moneda.

El muchacho accedió de buena gana, con tal de que al mayordomo no le importara. Tom dijo que estaba bien, pues supuso que se pondría de acuerdo con el mayordomo; y lo hizo. Lo arregló tan bien que pudimos entrar los dos con delantales y bandejas.

Tom no durmió mucho, tenía tal urgencia de entrar en el camarote y poner en claro el misterio de Phillips; además, se planteó una serie

---

<sup>3</sup> Moneda equivalente a un cuarto de dólar. (N. del E).

de suposiciones acerca de él, toda la noche; lo cual era completamente inútil, porque si se va por descubrir los hechos de un asunto, ¿qué sentido tiene adivinar lo que no son hechos y desperdiciar municiones? Yo no perdí el sueño. “No daría ni un medio por saber qué pasa con Phillips”, me dije a mí mismo.

Bueno, en la mañana, nos pusimos los delantales, nos proporcionamos un par de bandejas de comida, y Tom llamó a la puerta. El hombre abrió una rendija, nos dejó entrar y cerró rápidamente. ¡Caramba! Cuando lo vimos, por poco derramamos las bandejas y Tom dijo:

—¡Cómo! ¡Júpiter Dunlap! ¿De dónde sale usted?

Bueno, el hombre se quedó atónito, lógicamente; primero no supo si asustarse o alegrarse, o ambas cosas, o ninguna de las dos; pero finalmente decidió alegrarse; y entonces recobró su color, pues al principio su semblante se había tornado completamente blanco. Luego nos pusimos a hablar mientras él devoraba el desayuno. Y nos dijo:



—Pero yo no soy Júpiter Dunlap. En breve les diré quién soy si me juran guardar silencio; pues no soy Phillips tampoco.

Tom respondió:

—Guardaremos el secreto, pero no hay necesidad de decir quién es, si no es usted Júpiter Dunlap.

—¿Por qué?

—Porque si no es él, es usted el otro gemelo, Jake. Es usted el vivo retrato de Júpiter.

—Bien, soy Jake. Pero dígame, ¿cómo nos conoce usted a los Dunlaps?

Tom le contó las aventuras que tuvimos el verano anterior en casa de su tío Silas, y cuando vio que no había nada respecto a los suyos o a él mismo que no supiéramos, se abrió y habló perfectamente libre y cándido. No inventó ninguna historia sobre su caso. Dijo que había tenido muy mala suerte, que la tenía aún, y sospechaba que la tendría hasta el fin. Dijo, por supuesto, que era una vida muy peligrosa, y...

Exhaló una especie de resuello, y puso su cabeza como una persona dispuesta a escuchar. Nosotros no dijimos nada, y por algunos segundos hubo un gran silencio, no se oyó más que el crujir del maderamen y el clonc-clonc de la maquinaria de abajo.

Después tratamos de consolarle nuevamente, hablándole de su gente, y de cómo la mujer de Brace llevaba tres años de fallecida y Brace quiso casarse con Benny y ella lo repudió; que Júpiter trabajaba en casa del tío Silas, y que el tío Silas y él peleaban todo el tiempo... Y Jake se echó a reír a carcajadas.

—¡Caramba! —dijo—. Oír todos esos chismes es como estar en los viejos tiempos; y me hace bien. Han sido siete años o más de no escucharlos. ¿Cómo hablan de mí en estos días?

—¿Quiénes?

—Los granjeros... y la familia.

—Oh, no hablan de usted en absoluto. Por lo menos no les he oído más que un elogio de usted, hace mucho tiempo.

Mark Twain

—¡Demonios! —exclamó sorprendido—. ¿Cómo es eso?

—Porque le creen muerto hace mucho tiempo.

—¡No! ¿Habla en serio? ¿Alabanzas ya? —se puso de pie de un salto, excitadísimo.

—Alabanzas, sí. Nadie cree que usted está vivo.

—¡Entonces estoy salvado, no cabe duda, estoy salvado! Iré a casa. Allí me ocultarán y salvarán mi vida. Ustedes mantendrán el secreto. Júrenme que lo harán... júrenme que nunca, nunca hablarán de mí. ¡Oh, muchachos! Tengan piedad de un pobre diablo que ha sido perseguido día y noche, y no osa mostrar su rostro. Nunca les he hecho ningún daño, y nunca se los haré, como Dios está en el cielo; júrenme que serán buenos conmigo y salvarán mi vida.

Lo hubiéramos jurado hasta a un perro; así que lo hicimos. Bueno, no sabía cómo adularnos más ni cómo expresarnos su agradecimiento, pobre infeliz; hizo grandes esfuerzos para contenerse y no abrazarnos.

Seguimos hablando; Jake sacó una maleta pequeña y empezó a abrirla, pidiéndonos que nos volviéramos de espaldas. Así lo hicimos, y cuando nos dijo que regresáramos a ver era un personaje completamente distinto del de antes.

Llevaba gafas azules, y el bigote y las patillas largas y oscuras más naturales jamás vistos. Ni su madre le hubiera reconocido. Nos preguntó si se parecía entonces a su hermano Júpiter.

—No —dijo Tom—. No hay nada que lo asemeje a él, salvo el pelo largo.

—Muy bien; me lo reparé antes de llegar allí; él y Brace guardarán mi secreto, y viviré con ellos como un extraño, y los vecinos nunca adivinarán quién soy. ¿Qué piensan ustedes?

Por un momento, Tom permaneció pensativo, y después dijo:

—Muy bien, yo y Huck guardaremos el secreto, pero si usted no calla habrá un poco de riesgo... Tal vez no mucho, pero riesgo es riesgo. Quiero decir: si usted habla, la gente caerá en cuenta de que su voz es igual a la de Júpiter. Y esto, ¿no les hará recordar al gemelo que creían

muerto, y pensar que pudo haber estado oculto bajo otro nombre, durante todo este tiempo?

—¡Caramba! —dijo—. ¡Usted es muy suspicaz! Tiene toda la razón. Me fingiré sordomudo cuando haya algún vecino alrededor. ¡Si hubiera llegado a casa olvidando ese detalle!... Sin embargo, no me dirigía a casa, estaba buscando un rincón donde poder deshacerme de esos fulanos que están tras de mí; iba a ponerme este disfraz y conseguir ropa diferente, y...

De un salto se dirigió a la puerta de salida, pegó el oído a ella y escuchó, pálido y jadeante. Inmediatamente susurró:

—Parecía que martillaban una escopeta. ¡Oh, Dios! ¡Qué vida tan difícil!

Después se dejó caer en una silla, enclenque y achacoso, y se enjugó el sudor del rostro.

### III

## Robo de diamantes



Desde ese momento, estuvimos con él casi todo el tiempo y nos turnábamos para dormir cerca de él, en la litera. Nos confesó que había estado muy solo, y que le consolaba mucho tener compañía, y alguien con quien hablar de sus desdichas. Teníamos mucha curiosidad de descubrir su secreto, pero Tom dijo que la mejor táctica sería no demostrar ansiedad, porque así, Jake nos lo confiaría voluntariamente en una de nuestras charlas; pero que si le acosábamos a preguntas, sospecharía y se encogería en su concha. Y eso ocurrió, precisamente. Era evidente que le urgía hablar del asunto; pero, al inicio, siempre que el tema

le llegaba a la punta de la lengua, se ponía a hablar de cualquier otra cosa. La forma como llegó a sincerarse fue la siguiente: como quien no quiere la cosa, empezó a preguntarnos sobre los pasajeros que estaban sobre cubierta. Le hablamos de ellos, pero no se conformó; no éramos muy específicos. Nos pidió describirlos mejor, y Tom lo hizo. Por fin, cuando Tom describió a uno de ellos, al más grosero y andrajoso, lanzó una exhalación, dio un brinco, y exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Es uno de ellos! Están a bordo... ¡Lo sabía! ¡Tenía la esperanza de haberles eludido, pero nunca lo creí realmente! Continúe.

Inmediatamente, cuando Tom describía a otro pasajero andrajoso y roñoso de la cubierta, volvió a estremecerse, y dijo:

—¡Él es! ¡Ese es el otro! ¡Si al menos tuviéramos esta noche una buena tormenta, y pudiera yo llegar a la orilla! Ya ven, me han puesto espías. Lograron comprar bebidas en la taberna de arriba, y aprovecharon para convencer a al-

guien que me vigile... a un mozo, a un lacayo, a cualquiera. Aunque pudiera alcanzar la playa sin que nadie me viese, ellos lo sabrían antes de una hora.

Continuó divagando por ahí, pero más temprano que tarde, muy seguro de sí mismo, nos lo estaba contando. Dijo:

—Fue un juego avezado. Lo jugamos en una joyería de Saint Louis. Lo que buscábamos era un par de inmensos diamantes, rechonchos como avellanas; que todo el mundo quería ver. Nos trajeamos elegantemente, y nos apropiamos de ellos a plena luz del día. Solicitamos que los enviaran a nuestro hotel para analizar si realmente queríamos comprarlos; y mientras los examinábamos, los reemplazamos por diamantes falsos que fueron los que volvieron a la tienda cuando dijimos que no eran tan finas como para valer doce mil dólares.

¡Doce... mil... dólares! —dijo Tom—. ¿Realmente valían todo ese dinero? ¿Lo cree usted?

—Cada centavo.

—¿Y ustedes se largaron con ellos?



—Como si nada. Sospecho que la gente de la joyería todavía no sabe que ha sido robada. Obviamente, no era buena idea quedarse en Saint Louis, así que analizamos los posibles lugares a donde dirigirnos. Uno quería dirigirse a una parte, y otro a otra, así que lo echamos a cara o cruz, y ganó el Alto Mississippi. Envolvimos los diamantes en un papel y escribimos nuestros nombres en él, y los dejamos bajo la vigilancia del responsable del hotel, pidiéndole que no los entregara a ninguno de nosotros sin que los otros estén presentes para verlo; después nos fuimos al pueblo, cada uno por su cuenta, porque sospecho que todos tuvimos la misma idea. No estoy del todo seguro, pero creo que la teníamos.

—¿Qué idea? —le preguntó Tom.

—Robar a los otros.

—¿Qué? ¿Uno se lleva todo, después de haber ayudado todos a obtenerlo?

—Exactamente.

Esto desagradó a Tom Sawyer, y dijo que era la acción más infame y ruin que había oído en

su vida. Pero Jake Dunlap explicó que no era inusual en la profesión. Dijo que cuando una persona se dedicaba a esa clase de negocios, tenía que preocuparse por sí misma, porque nadie más lo haría por él. Y después continuó diciendo:

—Miren: el problema era que no se podían dividir dos diamantes entre tres. Si hubieran sido tres... pero para qué preocuparse por eso, no eran tres. Deambulé por las calles meditando y meditando. Y me dije a mí mismo: “Hurto los diamantes en cuanto tenga la oportunidad, y tendré un disfraz, y despistaré a los muchachos, y cuando esté lejos a salvo me lo pondré, y entonces dejaré que me encuentren si pueden”. Así que tomé los bigotes postizos, las gafas y la ropa de campesino, y los metí en un maletín, y cuando pasé por una tienda que vendía toda clase de objetos, alcancé a ver a uno de mis compañeros a través de la ventana. Era Bud Dixon. Me alegré, puede jurarlo. Dije para mí: “Miraré lo que compra”. Me agaché, y observé. ¿Qué creen que compró?

Mark Twain

—¿Bigotes? —dije yo.

—No.

—¿Gafas?

—No.

—¡Oh, haz silencio, Huck Finn, tú no puedes quedarte quieto! ¿Qué fue lo que compró, Jake?

—Jamás lo adivinarían. Nada más y nada menos que un destornillador; uno muy pequeñito.

—¡Bueno, confieso que no entiendo! ¿Para qué lo querría?

—Eso mismo pensé yo. Era muy curioso. Me quedé turulato, y me dije: “¿Para qué querrá semejante cachivache?”. Cuando salió retrocedí fuera de su vista, y luego le seguí hasta un almacén de segunda mano, donde él compró una camisa de franela roja y algunas prendas desgastadas, —justamente las que lleva ahora, según lo han descrito ustedes—. Luego bajé al muelle, y escondí mis cosas a bordo del barco que tomamos para subir el río; después volví a tierra, tuve una

racha de buena suerte: vi a mi otro camarada arreglando un paquete de viejas prendas de segunda mano. Tomamos los diamantes, y abordamos el barco. Pero estábamos agotados, porque no podíamos ir a la cama. Teníamos que mantenernos despiertos y vigilarnos unos a otros. Una lástima, fue una lástima estar en esa tensión, porque estábamos encrespados desde hacía un par de semanas, y solo éramos amigos en cuestiones de negocio. Y para mal de males solo había dos diamantes para tres hombres. Primero fuimos a cenar, y después recorrimos la cubierta de arriba abajo, fumando los tres juntos hasta más de media noche; luego bajamos a sentarnos a mi camarote. Cerramos las puertas y vimos el pedazo de papel para constatar que los diamantes estaban en su sitio; lo colocamos en el lecho inferior, a vista de todos; y ahí nos instalamos, con mucha dificultad para mantenernos despiertos. Finalmente, Bud Dixon cayó sin remedio. Tan pronto como empezó a roncar, con un ritmo regular que parecía que duraría largamente, y dejó

caer la barbilla sobre el pecho; Hal Clayton balanceó la cabeza dirigiéndola hacia los diamantes y luego hacia la puerta y yo comprendí. Extendí el brazo y tomé el papel, después nos pusimos de pies y esperamos inmóviles. Bud ni siquiera se movió. Di vuelta a la llave de la puerta de salida, suave y lentamente; luego retiré el pestillo de la misma forma, y los dos salimos de puntillas, y cerramos la puerta sutil y calmadamente. No se movía un alma y el barco se deslizaba leve y majestuosamente, a través de la extensa agua bajo la neblinosa luz de la luna. No dijimos ni una palabra, pero fuimos directamente en dirección del huracanado muelle, sentándonos a popa, al borde de la claraboya. Sin necesidad de aclarar nada, ambos sabíamos lo que eso significaba. Bud Dixon se despertaría y extrañaría el bulto, y vendría derecho hacia nosotros, pues él no temía a nada ni a nadie. Claro que no. Él vendría, y lo lanzaríamos por la borda, o moriríamos en el intento. Esto me estremeció, porque no soy tan valiente como otros; pero si demostraba mi temor...

Bueno, yo tenía más juicio que todo eso. Tenía la esperanza de que el barco atracara en algún lugar, para saltar a tierra y no tener que enfrentar el riesgo de una trifulca. ¡Tenía tanto miedo de Bud Dixon! Desgraciadamente, el bote iba contra corriente y no existía la posibilidad de que ocurriera. Bueno, el tiempo se prolongaba más y más y el fulano no llegaba. Finalmente, el alba empezó a despuntar, y él no apareció.

—¡Rayos y truenos! —dije yo—. ¿Qué deduces tú de esto? ¿No es sospechoso?

—¡Demonios! —dijo Hal—. ¿Crees que está jugando con nosotros? ¡Abre el papel!

Lo hice, ¡y no hallamos nada más que un par de pedacitos de azúcar! ¡Por eso podía estarse toda la noche ahí sentado y roncando tan cómodamente! ¿Inteligente? ¡Ya me lo imaginaba! Había tenido a mano los dos papeles listos, y los había reemplazado en nuestras propias narices. Nos sentimos embaucados. Pero no había tiempo para lamentaciones y lo que debíamos hacer era trazarnos un plan, y lo

hicimos: doblaríamos nuevamente el papel tal como estaba; nos filtraríamos en la habitación sigilosamente, y dejaríamos el papel sobre la cama, fingiendo que no sabíamos nada de la trampa, ni teníamos la menor idea de que se estaba burlando de nosotros con su retahíla de ronquidos; permaneceríamos pegados a él sin quitarle los ojos de encima: la primera noche en tierra le emborracharíamos, le registraríamos y nos apoderaríamos de los diamantes; y nos encargaríamos de él también, de lo contrario correríamos grave peligro. Si nos apoderábamos del botín, tendríamos que ajustar cuentas con él, porque con toda seguridad él nos perseguiría y haría lo mismo con nosotros. Pero, en realidad, yo no tenía ninguna esperanza. Sabía que podíamos emborracharle —siempre estaba dispuesto a ello—, pero, ¿qué sacaríamos con eso? Se podía registrarle un año sin encontrar nada... Bueno, ese mismo instante respiré profundamente y descarté mis pensamientos. Ya que una idea me atravesó la cabeza y me martirizaba los sesos aunque me sentía bien y muy contento. Me había quitado

las botas, para que se me deshincharan los pies, y en ese momento cogí una para ponérmela nuevamente, lancé una mirada al tacón y me quedé sin aliento. ¿Recuerdan ustedes aquel destornillador misterioso?

¡Claro que sí! —dijo Tom excitadísimo.

—Bueno, cuando miré el tacón de la bota, tuve la sensación de que ¡ya sabía dónde estaban escondidos los diamantes! Miren el tacón de esta bota. ¿Ven? Está cubierto por una pieza de acero, y la pieza está sujeta con tornillos. Ahora, no había nada más en el individuo que pudiera necesitar un destornillador más que las botas; o sea que si necesitaba un destornillador, no era difícil saber para qué lo quería.

—¿No es fantástico, Huck?—dijo Tom.

—Entonces, me puse las botas, bajamos y nos deslizamos los dos en el camarote; dejamos el papelito del azúcar en la cama, nos sentamos sigilosamente y nos pusimos a escuchar los ronquidos de Bud Dixon. Hal Clayton se durmió muy pronto, pero yo no;



nunca en mi vida estuve más despierto que en ese momento. Yo espiaba bajo el ala de mi sombrero, buscando en el suelo un pedazo de cuero de zapato. Me tomó mucho tiempo y empecé a pensar que mis esfuerzos eran vanos, pero al fin di con él. Estaba en el suelo junto a una de las tablas, y era casi del mismo color que la alfombra. Era un pedacito redondo, quizá tan grueso como la yema de un meñique. Me dije para mí mismo, dirigiéndome a él: “Un diamante se oculta en el nido de donde procedes”. Al poco rato di con la pareja del pedacito de suela. ¡Piensen sobre la sutileza y la sangre fría de aquel charlatán! Él hizo todo el esquema del negocio y nos dio instrucciones; y nosotros nos arrojamos de cabeza al asunto y lo hicimos perfectamente, como un par de papanatas. Mientras tanto, él se sentó ahí, se tomó todo el tiempo para destornillar las chapas de los tacones, cortar la suela, esconder los diamantes, y atornillar de nuevo las chapas. Y encima de todo, nos permitió que le robáramos el falso botín, y esperó toda la noche a que regresáramos para

echarle al agua. ¡Pienso que fue poderosamente inteligente!

–¡Puede usted jurarlo! –dijo Tom Sawyer, lleno de admiración.



## IV

### Los tres durmientes



ueno, todo el día fingimos la comedia de vigilarnos uno a otro; y fue un papel muy enojoso y difícil de representar, se los aseguro. Al anocheecer desembarcamos en una de las aldeas del Missouri, cerca del Iowa; cenamos en la taberna, y tomamos una habitación en el piso alto, con un catre y una cama doble. Escondí la maleta debajo de una mesa de pino del vestíbulo, mientras nos dirigíamos a acostarnos: una sola fila, yo al final, y el casero al inicio, con una vela de sebo en la mano. Subimos una botella de *whisky* y nos pusimos a jugar

Mark Twain

*high-low-jack*<sup>4</sup>; en cuanto el licor empezó a hacer efecto en Bud, paramos de beber, pero a él no le dejamos detenerse. Le hicimos beber hasta que se cayó de la silla y quedó roncando. Entonces estuvimos listos para actuar. Yo dije que lo mejor sería quitarnos las botas, y quitárselas también a Bud, para no hacer ningún ruido; así podríamos examinarle, moverle, y tocarle sin ningún problema. Así lo hicimos. Ubiqué mis botas y las de Bud juntas, a un lado y a la mano. Después le desnudamos, y registramos las costuras, los bolsillos, los calcetines, las botas y todo lo demás, y revisamos su paquete de ropa. Pero no encontramos nada parecido a diamantes. Encontramos el destornillador, y Hal preguntó:

—¿Qué crees que iba a hacer con esto?

Contesté que no lo sabía, y cuando no me miraba me lo escondí. Finalmente, Hal pareció

---

<sup>4</sup> Juego de naipes.

decepcionado y desanimado y me propuso que nos rindiéramos. Era, justamente, lo que yo esperaba. Y le dije:

–Hay un lugar en el que no hemos buscado.

–¿Cuál? –me respondió.

–Su estómago.

–¡Demonios! Nunca pensé en eso. Esta vez sí estamos sobre la pista, sin duda. ¿Cómo lo manejaremos?

–Bueno –le dije–. Quédate aquí, a su lado, mientras yo busco un almacén y consigo algo que haga que los diamantes se aburran de lo que ahora les acompaña.

Me dijo que eso era perfecto, y mientras me miraba directamente a los ojos me puse las botas de Bud en lugar de las mías, y él nunca lo notó. Las botas eran un poco grandes para mis pies, pero era mejor eso a que me apretaran demasiado. Tomé mi maleta y caminé inseguro por el corredor y en un minuto estaba afuera y dirigiéndome río arriba por el camino, a cinco millas por hora. Sin sentirme culpable del

todo, me pareció que andar sobre diamantes no estaba nada incómodo tampoco. Luego de quince minutos de caminata, pensé que ya había recorrido más de una milla, y que todo estaba todavía muy tranquilo. A los cinco minutos, consideré que había bastante más tierra detrás, y que tras de mí había un hombre que empezaría a preguntarse qué estaba ocurriendo. Otros cinco, y pensé que debía empezar a sentirse inquieto, y a pasearse por la habitación. Cinco más y ya había recorrido dos millas y media, y él debía estar muy contrariado... “A estas alturas debe estar blasfemando”, supuse. En seguida me dije: “Cuarenta minutos transcurridos, ya sabe que algo grave pasa”. Cincuenta minutos: “La verdad le ha estallado, supone que encontré los diamantes mientras le registrábamos y me los metí descaradamente en el bolsillo... Sí, y ahora está saliendo para cazarme. Buscará huellas nuevas en el polvo, y éstas pueden dirigirle tanto hacia arriba como hacia abajo”. En ese preciso momento, vi a un hombre bajar sobre una mula, y sin pensarlo dos veces salté entre los matorrales. ¡Fui un estúpido! Cuando

llegó cerca se detuvo y esperó un momento por si yo salía; después continuó su camino. Pero ya no me sentía muy contento. Pensé que con mi actitud me había expuesto, si ese hombre se encontraba con Hal Clayton. Bueno, alrededor de las tres de la mañana, alcancé Elexandría; y vi el *sternwheeler* esperando; me puse feliz porque me sentí nuevamente a salvo, ¿saben? Estaba amaneciendo. Subí a bordo y cogí este camarote; me puse este traje y trepé a la cabina del piloto para vigilar, a pesar de que consideré que no era realmente necesario. Me senté allí y jugué con mis diamantes; esperé y esperé hasta que zarpara el barco, pero no lo hizo. Estaban arreglando la maquinaria, pero yo no lo sabía porque no soy experto en barcos de vapor.

En fin, para no alargarles el cuento, no salimos de ahí hasta bien entrado el mediodía; y yo llevaba escondido en el camarote algún tiempo ya, y antes de desayunar vi a un hombre que venía desde lejos y que caminaba como Hal Clayton, y eso me enfermó. Me dije: “Si descubre que estoy a bordo, me cazaré como a un ra-



tón en la ratonera. Todo lo que tendrá que hacer es vigilarme y esperar... hasta que yo salte a tierra, creyendo que están a mil millas de distancia; luego seguirme y acorralarme en un sitio preciso hasta hacerme soltar los diamantes, y luego él...". ¡Oh! Yo sabía lo que haría luego. ¿No es horrible... horrible?! ¡Y ahora, también el otro está a bordo! ¿No es esta una suerte maldita, muchachos? ¿No es difícil? Pero ustedes me ayudarán a salvarme. ¿Lo harán, no es verdad? ¡Ah, muchachos! Tengan piedad de un pobre diablo perseguido de muerte, y sálvenme... ¡Honraré el suelo que ustedes pisan!

Nos tocó el turno de responder y le apaciguamos diciéndole que encontraríamos la forma de ayudarle, y que no tuviera tanto miedo; poco a poco fue recuperando la calma, y destornilló las piezas de los tacones, mostrándonos los diamantes por todos lados, admirándolos y adorándolos; y cuando la luz los golpeaba directamente eran bellísimos, sin duda; parecían una pieza de arte ardiente que expulsaba fuego a su alrededor. Pero de todas formas me pare-

ció que aquel hombre era un tonto. Si yo fuera él, habría entregado los diamantes a sus compañeros, les habría dejado en tierra y que me dejaran en paz. Mas él era diferente. Dijo que era toda una fortuna, y que no podía ni siquiera pensarlo.

Nos detuvimos un par de veces para arreglar la maquinaria, y estuvimos parados un buen rato. Una de ellas fue durante la noche, pero no estuvo suficientemente obscura, y Jake tuvo miedo de saltar. Pero la tercera vez que paramos para arreglarla fue mejor ocasión. Pasada la una de la noche, nos detuvimos a cuarenta millas de la casa del tío Silas, en un astillero campestre; el cielo se nublaba cada vez más y la tormenta se aproximaba, así que Jake vio la oportunidad de escabullirse. Iniciamos el ingreso al bosque. Muy pronto la lluvia cayó estrepitosamente, y el viento sopló con violencia. Cada marinero agarró un saco de yute y se lo puso como gorro, como quien lo hace para cargar madera: conseguimos uno para Jake; él se deslizó con su maleta, se adelantó como los

demás y saltó a tierra con ellos. Cuando vimos que burló la luz de las antorchas, y se sumergió en la oscuridad, recuperamos el aliento y nos sentimos agradecidos y espléndidos. Pero no por mucho tiempo. Supongo que alguien habló, porque a los ocho o diez minutos sus dos camaradas saltaron a la orilla y desaparecieron tras de él. Esperamos hasta la madrugada para ver si regresaban, pero no lo hicieron. Estábamos horrorosamente apenados y desmoralizados. Nuestra única esperanza era que Jake hubiera alcanzado tal ventaja que no pudieran seguirle la pista, y que llegara a casa de su hermano, se ocultara allí y se pusiera a salvo.

Jake tomaría la orilla del río, y nos pidió que averiguáramos si Brace y Júpiter estaban en su casa y si había gente extraña, y que saliéramos, al atardecer para contárselo. Nos dijo además que nos esperaría en un matorral de sicomoros justo detrás del tabacal de tío Silas, a orillas del río: un rincón solitario.

Nos sentamos y estuvimos charlando acerca de las oportunidades de Jake, y Tom dijo que

si los camaradas subían el río en vez de bajarlo todo estaría muy bien; pero no era muy probable, pues tal vez ellos sabían de dónde era Jake; mucho más factible era que siguieran recto, le persiguieran todo el día, sin que lo imaginara, y que le mataran al oscurecer, robándole las botas. De modo que estábamos consternados.



## V

### Tragedia en el bosque



o logramos arreglar la maquinaria hasta bien pasado el mediodía; por lo que cuando llegamos a casa era cerca del anochecer y no nos habíamos detenido en el camino, sino para tomar un descanso cerca de los sicomoros, tan deprisa como pudimos, y para contar a Jake la causa de la tardanza, y hacerle esperar hasta que pudiéramos ir a casa de Brace y descubrir cómo iban las cosas por ahí. Para cuando giramos la esquina del bosque, la noche ya casi había llegado; sudorosos y exhaustos por la larga carrera, vimos los sicomoros a treinta varas delante de nosotros. Y justo en ese momento vimos dos hombres

corriendo y entrando en el bosque, y oímos dos o tres gritos de auxilio terribles. «Pobre Jake, lo han asesinado, sin duda» –dijimos. Estábamos aterrorizados, y salimos disparados en dirección al tabacal; nos escondimos ahí y temblábamos tanto que nuestra ropa se sostenía con dificultad. Y justo cuando nos escondimos, llegaron dos hombres gimoteando y entraron en los matorrales; un segundo más tarde salieron de ahí mismo cuatro hombres que tomaron por el camino: dos cazando a dos.

Nos recostamos, débiles y enfermos, tratando de captar más sonidos; pero por un buen lapso no oímos sino el latir de nuestros corazones. Pensábamos en esa horrible cosa estirada a lo lejos, cerca de los sicomoros, y parecía que estábamos próximos a un fantasma y me invadieron escalofríos helados. La luna surgió dilatada de la tierra, poderosamente grande, redonda, fulgurante, tras una peinilla de árboles, como un rostro mirando a través de los palotes de una prisión; las negras siluetas y los blancos destellos em-

pezaron a reptar a nuestro alrededor, y todo estaba miserablemente tranquilo y quieto y ventoso y atemorizante y fúnebre. De repente, Tom murmuró:

–¡Mira! ¿Qué es aquello?

–¡Detente! –le dije–. ¡No sorprendas a una persona de esa forma! Ya estoy a punto de morirme de pánico sin necesidad de que me asustes con tus cosas.

–Mira, te digo. Es algo que sale de los sicomoros.

–¡Basta, Tom!

–¡Es terriblemente alto!

–¡Oh, Señor, Señor...!

–¡Quieto!... Está viniedo hacia aquí...

Tom estaba tan excitado que apenas tenía aliento para susurrar. «Tengo que ver. No puedo evitarlo». Estábamos ambos, de rodillas, con nuestras barbillas apoyadas en una valla, y observando... Sí, y resoplando también. Bajaba por el camino... escondido tras el perfil de los árboles, y no se le podía distinguir bien, hasta



**Mark Twain**

que llegó cerca de nosotros; luego se infiltró en un charco de luz de luna, y nosotros nos sumergimos en nuestras huellas... ¡Era el fantasma de Jake Dunlap! Eso fue lo que nos dijimos.

No pudimos movernos en uno o dos minutos; entonces se había ido. Lo hablamos en voz muy baja. Tom dijo:

–Los espectros son opacos y humeantes, como si fueran hechos de niebla; pero éste no era así.

–No –dije–. He visto sus gafas y patillas perfectamente definidas.

–Sí, y los mismos colores en su traje campesino de domingo... pantalones a rayas verdes y negras...

–Chaleco de algodón, a cuadros rojos...

–Polainas de cuero hasta el borde de los pantalones, y una de ellas colgando desabrochada...

–Sí, y aquel sombrero...

–¡Vaya sombrero para un fantasma!

Figúrense que era la primera estación en que

se llevaba aquella clase de sombreros –caño negro, de alas duras, muy alto y blando, con el tope redondo... como una lonja de azúcar–.

–¿Notaste si su cabello era el mismo, Huck?

–No... me parece que sí lo hice, pero después me vuelve a parecer que no.

–Yo tampoco, pero llevaba su maletín. Eso sí lo noté.

–Yo también. Pero, ¿cómo puede haber un maletín de fantasma, Tom?

–¡Hey! Si fuera tú no sería tan ignorante, Huck Finn. Todo lo que lleva un fantasma se transforma en fantasmagórico. Ellos deben tener sus cosas, como cualquier otra persona. Tú viste con tus propios ojos que sus ropas se convirtieron en fantasmagóricas. Bueno, entonces, ¿qué impide que también su maletín lo sea? Claro que lo es.

Eso era razonable. No pude encontrar ningún reparo. Bill Withers y su hermano Jack pasaron por allí conversando, y dijo Jack:

–¿Qué crees tú que cargaba?

—No lo sé, pero era muy pesado.

—Sí, llevaba todo lo que podía; negro robando trigo al viejo párroco Silas, supongo.

—Y yo también. De modo que creí que sería mejor no verle.

—Así creo también.

Entonces, ambos rieron, y se alejaron, fuera de nuestro alcance. Esto nos mostraba cuán impopular había llegado a ser el viejo tío Silas. Nadie habría permitido nunca que un negro robara el trigo de alguien más sin hacerle nada.

Escuchamos algunas voces murmurantes que se dirigían hacia nosotros, cada vez más altas; y algunas veces una carcajada. Eran Lem Besbe y Jim Lane. Jim Lane dijo:

—¿Quién?... ¿Júpiter Dunlap?

—Sí.

—Oh, no lo sé. Creo que sí. Hace como una hora, le vi cavando, justo antes de ponerse el sol... a él y al párroco. Dijo que no vendría esta noche, pero que si lo queríamos podíamos tomar el perro.

–Demasiado cansado, creo.

–Sí... ¡Trabaja tanto!

–¡Oh, júralo!

Explotaron en carcajadas y se alejaron. Tom dijo que sería mejor salir y seguirlos, porque iban por el mismo sentido nuestro, y no sería nada agradable toparnos con el fantasma nosotros solos. Así lo hicimos, y llegamos a casa muy bien.

Aquella noche era dos de septiembre... un sábado. Jamás la olvidaré. Ya verán por qué.



## VI

### Proyectos para salvaguardar los diamantes



eguimos caminando detrás de Jim y Lem hasta llegar a la escalera trasera de la cabaña donde el viejo Jim estuvo preso cuando le liberamos; los perros nos rodearon como para saludarnos. Las luces de la casa estaban encendidas, de manera que ya no tuvimos miedo e íbamos a subir en seguida cuando Tom dijo:

—¡Quédate ahí, siéntate un momento aquí, caramba!

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¡Lo suficiente! —me dijo—. ¿No estarías pensando en que tú y yo fuéramos los primeros en

decir a la familia quién fue asesinado allá en los sicomoros, y quiénes fueron los malhechores que lo hicieron, y sobre los diamantes que sacaron del muerto? ¿No esperabas describirlo todo con lujo de detalles, y quedarnos con la gloria de ser los únicos en saber bastante más que los demás?

—¡Claro que sí! No serías tú Tom Sawyer, si desperdiciaras tal oportunidad. Me parece que nadie se quejará por falta de adornos, cuando empieces a bosquejar los hechos.

—Bueno, bueno —me dijo perfectamente calmado—. ¿Qué dirías si yo te dijera que no pienso meterme en eso en lo absoluto?

Estaba asombrado de oírle hablar así, le dije:

—Diría que es una mentira. No hablas en serio, Tom Sawyer.

—Lo verás muy pronto. ¿Iba descalzo el fantasma?

—No, no iba. ¿Y qué?

—Espera... Ya te diré qué. ¿Estaba puesto las botas?

—Sí, las vi claramente.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—Y yo también. ¿Sabes lo que eso significa?

—No. ¿Qué significa?

—Significa que ellos no cogieron los diamantes.

—¡Caramba! ¿Qué te hace pensarlo?

—No solo lo pienso, lo sé. Los pantalones, las gafas, las patillas, el maletín y todos los otros objetos, ¿no se volvieron también alucinaciones? Todo lo que llevaba encima el fantasma se hizo fantástico, ¿no es así? Esto prueba que la razón para que sus botas también cambiaran es que las tenía puestas cuando empezó a vagabundear por ahí; y si no es suficiente prueba de que esos bandidos no se llevaron las botas, me gustaría saber a qué llamas tú prueba.

Piensen en ello. Jamás he visto un seso como el que tiene este muchacho. Yo tengo ojos y puedo ver cosas, pero no tienen significado para mí. Pero Tom Sawyer era diferente. Cuando Tom Sawyer veía algo, parecía que ese algo



se irguiera sobre sus patas traseras, y le hablara... diciéndole todo lo que sabía. Nunca he visto un cerebro igual.

—Tom Sawyer —exclamé—. Repetiré nuevamente lo que he dicho una y otra vez: no sirvo ni para lustrarte las botas. Pero está bien... mano a mano. Dios Todopoderoso nos creó a todos; a unos les dio ojos ciegos y a otros, ojos que realmente ven. Creo que mi caso no es de los segundos. Eso es justo, si no lo fuera, lo habría dispuesto de otra forma. Continúa. Ahora veo claro que los ladrones no se llevaron los diamantes. ¿Por qué no lo hicieron? ¿Lo sabes?

—Porque fueron perseguidos por otros dos hombres antes de que pudieran quitarle las botas al muerto.

—Eso es, ahora lo entiendo. Pero dime, Tom, ¿por qué no contar el caso?

—¡Oh! Huck Finn, ¿es que no lo ves? Mira bien. ¿Qué pasaría? En la mañana habrá un interrogatorio. Los dos hombres contarán cómo oyeron los gritos y corrieron hasta encontrar al desconocido, sin poder salvarlo. Después, los

miembros del jurado deliberarán, deliberarán y deliberarán hasta, finalmente, dictar el veredicto de que el infeliz fue disparado, apuñalado, o golpeado en la cabeza con algo, y que murió por inspiración de Dios. Y después de enterrarlo, subastarán sus bienes para pagar los costos, y esa será nuestra oportunidad.

—¿Cómo, Tom?

—¡Comprar las botas por dos dólares!

Bueno, casi me quedo sin aliento.

—¡Caramba! ¡O sea, Tom, que nos quedaremos con los diamantes!

—Dalo por hecho. Algún día se ofrecerá una gran recompensa por ellos. Mil dólares, por lo menos. ¡Ese dinero será nuestro! Ahora, a tratar para ver a nuestros amigos. Y recuerda que no sabemos nada de asesinatos, ni diamantes, ni ladrones... No lo olvides.

La forma como Tom había arreglado el asunto me agotó. Yo habría vendido los diamantes —sí, señor— por doce mil dólares, pero no dije nada. No habría servido de nada. Dije:

**Mark Twain**

—¿Qué le diremos a tu tía Sally para explicarle nuestra demora en llegar desde el pueblo, Tom?

—Lo dejo en tus manos —dijo—. Estoy convencido de que sabrás explicarlo de alguna manera.

Él era siempre tan estricto y delicado. Jamás diría una mentira.

Atravesamos el gran jardín, reparando en este, ese y otros detalles que eran tan familiares para nosotros, y nos alegramos de verlo de nuevo. Cuando llegamos al callejón cubierto que divide la cabaña de la cocina, todo estaba como siempre colgando de las paredes, incluso la bata decolorada de paño verde con capucha que tío Silas se ponía para trabajar y que tenía una línea blanca ajada entre los hombros como si alguien le habría lanzado una bola de nieve. Entonces, levantamos el picaporte y entramos. Tía Sally estaba lamentándose y lloriqueando, y los niños estaban acurrucados en una esquina y el anciano, en el otro, rezando por ayuda en tiempos de necesidad. Ella saltó hacia noso-

tros con júbilo y con lágrimas corriéndole por la cara y nos dejó pellizcos en las orejas; después nos abrazó y nos besó, y nos pellizcó nuevamente. Parecía no conformarse con sus demostraciones de tan feliz que estaba. Nos dijo:

—¿Dónde han estado, ustedes, desempleados, buenos para nada? ¡Estaba tan preocupada y no sabía qué hacer! ¡Sus trapos están aquí desde hace mucho tiempo y he cocinado nueva cena como cuatro veces para que estuviera fresca, caliente y sabrosa cuando llegaran, hasta que por fin perdí la paciencia, y estaba a punto de decir que... Yo... les desollaría vivos! ¡Deben estar hambrientos, pobres cositas!... ¡A sentarse, a sentarse todos! No perdamos más el tiempo.

Era bueno estar nuevamente ahí, frente a todo ese noble pan de trigo, esas costillas de cerdo, y todo lo que se puede desear en este mundo. El tío Silas arrancó una de sus más antiguas y rimbombantes bendiciones, con tantas capas como una cebolla; y mientras los ángeles se balanceaban en su relajada cadencia, yo in-

tentaba organizar lo que diría como explicación a nuestra demora. Cuando todos los platos estaban bien servidos y empezábamos a engullir, tía Sally me preguntó, y yo respondí:

—Bueno... verá... eh...señora...

—¡Huck Finn! ¿Desde cuándo soy señora para ti? ¿Alguna vez he escatimado besos y mimos para ti, desde el día en que te paraste en esta misma habitación y te creí Tom Sawyer, y agradecí a Dios por haberte enviado, aunque me dijiste cuatro mil farsas, y las creí todos como una zoquete? Llámame tía Sally... como siempre me has llamado.

Así lo hice, y dije:

—Bueno, yo y Tom Sawyer acordamos en venir a pie para llenarnos del olor de los bosques y nos cruzamos con Lem Besbe y Jim Lane, quienes nos pidieron que fuéramos a cosechar zarzamoras con ellos esta noche; dijeron que pedirían prestado el perro a Júpiter Dunlap, porque él mismo les acababa de decir en aquel mismo instante...

—¿Dónde le vieron? —preguntó el anciano—.

Y cuando levanté la vista para saber cómo así demostraba interés por una cosa como esa, vi sus ojos que se incrustaban en mí y me quemaban, tal era su vehemencia. Tanto me sorprendió que casi me desbarato; pero me fortalecí de nuevo y respondí:

–Fue cuando estaba cavando un terreno con usted, a eso de la caída del sol.

Tío Silas solo dijo «hum» con una especie de desacuerdo, y no se arriesgó a más. Continué y dije:

–Bueno, como iba diciendo...

–Eso es suficiente, no necesitas avanzar más.

Era tía Sally que, con indignación, penetraba mis ojos con los suyos.

–Huck Finn –me dijo–, ¿cómo esos hombres han podido proponerles recoger zarzamoras en septiembre... en esta región?

Vi que me había delatado y no pude decir una palabra. Ella esperó sin dejar de mirarme, y después dijo:

–¿Y cómo se les ha ocurrido esa idiota idea de cosechar zarzamoras en la noche?

**Mark Twain**

–Bueno... ¡ejem!... ellos... nos dijeron que tenían una linterna... y...

–¡Oh! ¡Cállate...! Veamos: ¿qué iban a hacer con un perro? ¿Cazar zarzamoras con él?

–Creo, ¡ejem!, ellos...

–¡Ahora, Tom Sawyer, ¿qué clase de mentira estás saboreando en tu boca para arreglar esta basura? ¡Habla ya! Pero, antes de que empieces, te advierto que no creeré ni una sola palabra. Huck y tú andan en algo extraño...lo sé perfectamente; los conozco...a ambos. ¡Ahora, explicas eso del perro, y las zarzamoras, y la linterna, y el resto de esta corrupción... y preocúpate por ser tan directo como una flecha, ¿me oyes?

Tom se mostró considerablemente herido, y dijo muy digno:

–Es una pena que Huck sea reconvenido de esa forma, sólo por un pequeño error que cualquiera puede cometer.

–¿Qué error ha cometido?

–Bueno, solo el de decir zarzamoras en lugar de fresas.

—Tom Sawyer, te prometo que si agravas la situación todavía más, te...

—Tía Sally, sin saberlo... —y por supuesto sin comprenderlo— usted está equivocada. Si usted hubiera estudiado la historia natural como debía, sabría que en todas partes del mundo, excepto aquí, en Arkansas, siempre se cazan fresas con un perro... y una linterna...

Pero ella explotó en improperios hasta sepultar a Tom debajo de la nieve. Estaba tan furiosa que no podía enlazar las palabras con suficiente fluidez y las lanzó a raudales como torrente incansable. Esto era lo que Tom Sawyer buscaba. Se propuso manejarla, dejarla que iniciara, y luego dejarla sola, desgastándose. Luego estaría tan irritada con el tema que no diría ni una sola palabra sobre él, ni dejaría que alguien más lo hiciera. Y bueno, así mismo ocurrió. Cuando estuvo exhausta y pudo incorporarse, Tom dijo, muy calmado:

—Y, sin embargo, de todas formas, tía Sally...

—¡Cállate! —exclamó la tía—. No quiero volver a oír ni una palabra que salga de ti.



**Mark Twain**

Entonces, estábamos perfectamente salvados, y no tuvimos más disgustos a causa de nuestra tardanza. Tom lo hizo elegantemente.

## VII

### Noche de vigilancia



enny se veía muy seria, y suspiraba de tanto en tanto; pero en seguida empezó a preguntar por Mary, y Sid y por la tía Polly de Tom; y entonces las nubes de tía Sally se evaporaron y se puso de buen humor, juntándose a las preguntas y mostrando su lado más amable; y así, el resto de la cena continuó alegre y ameno. Pero el anciano no se involucró en el gozo; estuvo ausente e inquieto, exhalando una cantidad considerable de suspiros; y era muy doloroso verle tan triste, tan turbado y tan preocupado.

Algunos segundos después de la cena, un negro llegó y golpeó la puerta; metió la cabeza

con el viejo sombrero de paja en la mano e inclinándose dijo que su amo Brace estaba fuera, junto a la valla y deseaba ver a su hermano, pues se estaba agotando de esperarle para cenar; y que si amo Silas podía, por favor, le dijeran dónde estaba. Nunca había visto a tío Silas hablar tan duramente y con tanta ira como en ese momento. Dijo:

—¿Soy yo el guardián de su hermano?

Y entonces, sintió remordimiento y pareció arrepentirse de haber hablado de esa forma y dijo con gentileza:

—Pero no necesitas decirle eso, Billy. Me agarraste inadvertido e irritable y no me siento muy bien estos días, y no hay que creermelo mucho. Dile que no está aquí.

Cuando el negro partió, se puso de pie y empezó a caminar de un lado al otro, de arriba abajo, murmurando y refunfuñando contra sí mismo, y enterrando sus manos en el cabello. Era realmente penoso observarlo. Tía Sally nos susurró y nos dijo que no reparáramos en él, pues eso le avergonzaba. Dijo que siempre

estaba pensando y pensando, desde que estos problemas iniciaron y que suponía que él no sabía ni la mitad de lo que le ocurría cuando estaba bajo aquel hechizo; y nos contó también que caminaba en sueños mucho más que antes, y que a veces deambulaba por toda la casa y hasta por sus alrededores, cuando estaba dormido; y que si nos topábamos con él durante esos trances debíamos dejarlo solo y no importunarle. Dijo que ella creía que aquello no le hacía daño, y que incluso hasta le podía sentar bien. Comentó que Benny era la única que podía ayudarle en esos días y dijo que solo ella parecía saber cuándo calmarle y cuándo dejarle tranquilo.

Entonces, tío Silas continuó marchando arriba y abajo y renegando, hasta que poco a poco empezó a lucir cansado; entonces Benny se colocó a su lado, puso su mano entre las de él y un brazo alrededor de su cintura, y caminó con él. El anciano le sonrió, se inclinó y la besó; y así, poquito a poco, la angustia fue desapareciendo de su rostro, y la niña lo persuadió de

ir a su habitación. Ellos tenían momentos muy íntimos y mimosos y era inusual y hermoso ver aquella dulce ceremonia.

Tía Sally preparaba a los niños para ir a la cama; de modo que paulatinamente todo empezó a ponerse tedioso y lento; yo y Tom tomamos turno con la luz de la luna y nos metimos en el sembrío de sandías, comimos una y tuvimos una buena charla. Me dijo Tom que él estaba seguro de que Júpiter tenía la culpa de todo ese lío; y que lo demostraría en cuanto tenga oportunidad; y que si tenía razón, haría lo que estuviera en sus manos para recuperar a su tío Silas.

Charlamos, fumamos y comimos sandía alrededor de dos horas; era ya muy tarde y cuando regresamos la casa estaba silenciosa y a oscuras, y todos habían ido a la cama.

Tom siempre veía todo, en ese momento notó que la bata de paño verde había desaparecido, y que cuando salieron todavía estaba ahí. Estuvimos de acuerdo en que ese detalle era curioso, y luego fuimos a acostarnos.

Oímos a Benny moverse mucho en su cuarto, junto al nuestro, y supusimos que no podía dormir por estar muy preocupada por su padre. Nosotros tampoco podíamos hacerlo, así que nos quedamos sentados un buen rato, fumando y charlando en voz baja, sintiéndonos muy desanimados y descorazonados. Hablamos del fantasma y del asesinato una y otra vez; y nos pusimos tan tenebrosos y asustadizos que no hubo manera de conciliar el sueño.

Poco a poco, cuando ya era muy tarde, y todos los sonidos eran lentos y solemnes, Tom me tocó y me susurró que mirara y lo hice; y ahí vimos a un hombre que merodeaba por el patio, como si no supiera lo que quería hacer; pero como estaba sombrío no pudimos verle bien. Luego, se acercó a la valla, y al llegar la luna que emergió radiante, vimos que él tenía una pala de mango largo al hombro, y vimos la ajada línea blanca de la bata vieja. Tom dijo:

—Está caminando en sueños. Quisiera poder seguirle y ver dónde va... Ahí, ha virado por el

tabacal... Ahora, se ha perdido de vista. Es terrible que no pueda dormir mejor.

Esperamos un buen tiempo, pero no volvió más, y si lo hizo fue por el otro lado; por fin, agotados, fuimos a dormir, y tuvimos pesadillas; un millón de ellas. Pero antes del amanecer ya estábamos en pie otra vez, porque en ese lapso una poderosa tormenta había estallado; los truenos y relámpagos eran horribles; y el viento flagelaba los árboles, y la lluvia caía oblicua como láminas tajantes, y los desfiladeros se convertían en torrentes. Tom dijo:

—Oye bien, Huck; te voy a contar algo muy peculiar. Hasta el momento que salimos anoche, la familia no estaba al tanto del asesinato de Jake Dunlap. Normalmente, los hombres que persiguieron a Hal Clayton y a Bud Dixon habrían pregonado la noticia en media hora, y cada uno de los vecinos que escuchó la noticia habría corrido por las granjas para ser el primero en difundir la noticia. ¡En treinta años no tendrán otro suceso semejante para contar dos veces! Huck, esto es muy extraño; no lo comprendo.

Tom estaba en vilo, esperando que la lluvia cesara, para poder salir y encontrarnos con algunas personas a ver si nos contaban algo al respecto. Añadió que si eso ocurría debíamos expresarnos terriblemente sorprendidos y conmovidos.

Salimos, y nos fuimos el minuto que dejó de llover, justamente en pleno día. Ascendimos por la carretera, y de vez en cuando nos encontrábamos con una que otra persona, nos deteníamos para saludarla, y le contábamos que habíamos llegado recién, cómo habíamos dejado a nuestra gente en casa, cuánto tiempo nos quedaríamos, y todo eso; pero nadie nos habló del asunto; lo que era asombroso, sin duda. Dijo Tom que él creía que si íbamos a los sicomoros, encontraríamos el cuerpo abandonado, sin nadie cerca. También creía que los hombres persiguieron a los ladrones hasta tan lejos del bosque que vieron la oportunidad de enfrentarlos, y que incluso podía ser que se hubieran matado entre ellos, y que no quedara nadie para referirlo.



Supimos, charlando por todo el camino, que nos encontrábamos frente a los sicomoros. Los helados escalofríos empezaron a descender por mi espalda, y no habría podido dar un paso más aunque Tom usara todo su poder persuasivo. Pero él no pudo aguantarse: tenía que ver si las botas estaban a salvo en el cadáver y se internó en la maleza; al minuto siguiente salió con los ojos desorbitados de tan excitado que estaba, y me dijo:

—¡Huck! ¡Se ha ido!

Estaba estupefacto, y respondí:

—Tom, ¿lo dices en serio?

—Se ha ido, en serio. No hay ni señal de él. La tierra está hundida, pero si quedaba sangre, la tormenta ya la ha limpiado, porque solo se ven lodazales.

Por fin cobré fuerzas y entré a ojear por mí mismo, y era tal como Tom lo dijo; no había la menor señal del cadáver.

—¡Maldición!... —dije—. ¡Los diamantes se han ido! ¿No crees que volvieron los ladrones para llevárselo, Tom?

—Así parece. Puede ser. ¿Pero dónde lo habrán escondido? ¿Imaginas algo?

—No sé —dije molestísimo—. Y lo que es peor, no me importa. Tienen las botas y eso es lo único que me preocupa. El muerto puede volver a morir sentado en estos bosques esperando que yo lo encuentre.

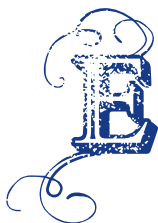
Tom tampoco se sintió muy animado, solo tenía curiosidad por saber qué había ocurrido con el cadáver: dijo que era mejor movernos disimuladamente y mantenernos ocultos y que no pasaría mucho tiempo antes de que los perros o alguien más lo descubrieran.

Volvimos a casa a desayunar, muy molestos, descompuestos y defraudados y burlados. Nunca antes había estado tan decepcionado de un cadáver.



## VIII

### Conversación con el fantasma



El desayuno no fue muy alegre. La tía Sally se veía avejentada y cansada, y dejaba que los niños jugaran y refunfuñaran entre ellos, aparentemente, sin darse cuenta de lo que sucedía, lo que no era normal en ella. Yo y Tom teníamos mucho en que pensar sin tener que hablar. Benny se veía como si no hubiera dormido lo suficiente y, cuando levantaba un poco su cabeza y miraba a escondidas a su padre, se podía notar que había lágrimas en sus ojos; en cuanto al anciano, su comida quedaba en el plato y se enfriaba sin que él notara que estaba ahí. Supongo que, como se la pasaba

pensando, nunca decía una palabra y nunca comía un bocado.

Mientras rondaba la quietud, la cabeza del negro se asomó otra vez por la puerta, diciendo que la inquietud de su señor Brace, por el amo Júpiter que no había llegado aún, crecía: «Querría el amo Silas, por favor...»

El negro miró al tío Silas y paró en seguida, helado como el resto de sus palabras, porque el tío Silas se paró tembloroso y jadeante, sosteniéndose con los dedos apoyados sobre la mesa y, clavando su mirada en el negro, seguía tragando; pasando su mano, un par de veces, por la garganta; al fin, inició sus palabras y dijo:

–Pero qué... qué... qué piensa... ¡¿Qué se piensa?! Dile... dile...

Después, se dejó caer sobre la silla, frágil y sin fuerzas, y añadió con una voz que apenas se podía oír:

–¡Vete!... ¡Vete!

El negro se marchó asustado y todos nos sentimos... bueno, no sé cómo nos sentimos, pero

fue horrible, ver al anciano jadeando con los ojos fijos como si fuera a morir. Ninguno de nosotros podía moverse, pero Benny se deslizó suavemente con lágrimas cayendo de sus ojos y se paró a su lado; colocó su cabeza canosa sobre su pecho y comenzó a acariciarla y a mirarla con sus manos; asintió hacia nosotros pidiéndonos que saliéramos y lo hicimos; salimos despacio y en silencio como si los muertos estuvieran presentes.

Yo y Tom nos dirigimos hacia los bosques poderosos y solemnes, hablando de la diferencia entre ahora y el verano pasado cuando estuvimos aquí; y todo era tan pacífico y alegre, y todos pensaban en el tío Silas que era tan divertido, inocente e incrédulo y bueno, y... mírenlo ahora. Si no había perdido ya la cabeza, poco le faltaba. De eso estábamos convencidos.

Era un hermoso día, claro, brillante y soleado; y mientras más nos dirigíamos hacia la pradera por las colinas, más bellos se hacían los árboles y más lindas, las flores; y más parecía extraño y, de alguna manera, incorrecto que

existan tantos males en este mundo. Y entonces, de repente, contuve el aliento y agarré el brazo de Tom, y el hígado, los pulmones y las entrañas se cayeron a los pies.

—¡Ahí está! —dije.

Saltamos detrás de un arbusto temblando y Tom dijo:

—¡Sshh!... No hagas ruido.

Estaba sentado en un tronco justo en el borde de una pequeña pradera, meditando. Intenté convencer a Tom para que nos fuéramos, pero no quiso, y yo mismo no lograba moverme. Dijo que tal vez nunca tendríamos otra oportunidad de ver un fantasma y aprovecharía ésta aunque le costase la vida. Así que yo también miré, aunque me dio escalofríos al instante. Tom tenía que hablar y lo hizo muy alto. Dijo:

—¡Pobre Jakey!, tiene todas sus cosas encima, justo como dijo que lo haría. Ahora nos quitamos las dudas sobre lo que no estábamos seguros... su cabello. No es tan largo como lo era, se lo ha cortado como nos dijo. Huck, nunca había visto nada más natural.

–Ni yo tampoco –dije–. Lo reconocería en cualquier parte.

–Yo también. Se ve perfectamente sólido y genuino, justo como lo tenía antes de morir.

Entonces, seguimos observándolo. En seguida, Tom continuó:

–Huck, hay algo realmente curioso sobre él, ¿no lo crees? No debería rondar durante el día.

–Es verdad, Tom... Nunca oí cosa semejante en mi vida.

–No, señor, solo salen de noche... y no hasta después de las doce. Hay algo malo con éste, escucha mis palabras. No creo que tenga ningún derecho de salir durante el día. Pero, ¿no crees que se ve natural? Jake iba a fingir ser sordomudo para que los vecinos no reconozcan su voz. ¿Crees que seguiría fingiendo si le dijéramos algo?

–¡Por Dios, Tom, ni lo digas! Si fueras a hablarle, moriría en seco.

–No te preocupes, no voy a hablarle. Mira, Huck, se está rascando la cabeza. ¿No lo ves?



—Sí, ¿y qué?

—¿Y qué? Veamos... ¿Qué sentido tiene que un fantasma se rasque la cabeza? No tiene nada que le pique, su cabeza está hecha de neblina o algo parecido, y no puede picarle. La niebla no pica, cualquier tonto lo sabría.

—Bueno, entonces, si no le pica y no puede picar, ¿por qué rayos se está rascando? Puede que sea solo una costumbre. ¿No lo crees?

—No, señor, no lo creo. Su forma de actuar no me satisface. Estoy totalmente seguro que este fantasma es falso... lo estoy, tan seguro como que estoy sentado aquí. Porque si es... ¡Huck!

—¿Qué pasa ahora?

—¡No puedes ver los arbustos a través de él!

—¿Qué? ¡Tom!... ¡Es verdad! Es macizo como una roca. Comienzo a pensar que...

—¡Huck, está masticando un trozo de tabaco! Santo Dios, ellos no mastican... no tienen nada con que masticar. ¡Huck!

—Estoy escuchando.

—No es un fantasma para nada. ¡Es el mismísimo Jake Dunlap!

—¡Vaya! —dije—.

—Huck Finn, ¿acaso encontramos un cadáver por los sicomoros?

—No.

—¿Y alguna señal o pista de uno?

—No.

—¡Sabía razón! No había ningún cuerpo ahí.

—Pero Tom, tú sabes lo que escuchamos...

—Sí, lo sé... escuchamos un alarido o dos. ¿Acaso eso prueba que alguien fue asesinado? Por supuesto que no. Y vimos a cuatro hombres huir, después sale este caminando y lo tomamos por fantasma. Igual de fantasma que tú. Era Jake Dunlap entonces, y es Jake Dunlap en persona ahora. Se cortó el cabello de la manera que dijo que lo haría y se hace pasar por un desconocido, justo como lo planeaba. ¿Fantasma? ¡Ja! Está vivo y coleando.

Y entonces lo comprendí todo, y entendí cómo lo dimos todo por sentado. Estaba real-

mente feliz porque no fue asesinado, también lo estaba Tom, y nos preguntamos si prefería que fingiéramos no conocerle. Tom pensó que lo mejor era ir a preguntarle. Así que fuimos, yo me quedé unos pasos atrás, porque ¿quién sabe? Podía ser un fantasma después de todo. Cuando llegamos a donde él se encontraba, Tom dijo:

—Yo y Huck estamos muy felices de verlo de nuevo y no tiene que temer, no diremos nada. Y, si piensa que es más seguro que finjamos no conocerlo cuando nos crucemos, solo dígalos, puede confiar en nosotros; preferiríamos cortarnos las manos antes de ponerlo en peligro.

Primero, se sorprendió al vernos y no parecía muy feliz, pero mientras Tom continuaba se alegraba poco a poco, y cuando Tom acabó, sonrió y asintió varias veces, haciendo gestos con las manos, y dijo:

—Gu-gu... Gu-gu —como los sordomudos—.

En ese momento, vimos a algunos de los criados de Steve Nickerson, que vivía al otro lado de la pradera, acercándose y Tom dijo:

—Imita a los sordomudos con gran elegancia; no he visto a nadie hacerlo mejor. Tiene razón; finja con nosotros también, finja como lo hace con los demás; lo mantendrá en práctica y evitará que meta la pata. Nos mantendremos alejados de usted y fingiremos no conocerle, pero si podemos ayudarle, solo déjenos saber.

Después deambulamos alrededor de los Nickersons y, por supuesto, preguntaron si aquel individuo era el nuevo forastero, y de dónde venía, y cuál era su nombre, y si su comunión era bautista o metodista, y si en política era *whig*<sup>4</sup> o demócrata, y cuánto tiempo se quedaría, y todo tipo de preguntas que las personas hacen cuando un forastero llega, y los animales también. Pero Tom contestó que no había entendido nada de las señas del sordomudo ni del gu-gu. Después nos quedamos a ver cómo iban y molestaban a Jake, porque estábamos preocupados por él. Tom dijo que a Jake le tomaría

---

<sup>4</sup> Término que originalmente se usó en Inglaterra para designar a los representantes del partido liberal británico. (N. del E.)

días acostumbrarse y no olvidar que a veces era sordomudo, y hablar antes de pensar. Cuando observamos lo suficiente como para saber que Jake se desenvolvía con soltura y utilizaba muy bien sus señas, comenzamos a deambular de nuevo, intentando llegar a la escuela a tiempo para el receso, lo que suponía una trampa de tres millas.

Me decepcionó el hecho de no poder escuchar a Jake contarnos sobre el paseo en los sicomoros, y qué tan cerca estuvo de ser asesinado; que no pude superarlo y Tom se sentía igual, pero si estuviéramos en la misma situación de Jake igual querríamos ser cuidadosos y mantenernos en silencio y no tomar ningún riesgo.

Todos los chicos y chicas se alegraron al vernos de nuevo, y pasamos muy bien durante el receso. Llegando al colegio, los chicos Henderson habían hallado al nuevo sordomudo y hablaron solo sobre él, por lo que el resto de escolares no sabían de qué más hablar, muriéndose de ganas por echarle un vistazo porque

nunca en su vida habían visto un sordomudo y estaban realmente ansiosos.

Tom dijo que era muy duro quedarse mudos ahora, dijo que seríamos héroes si contábamos todo lo que sabíamos; pero después de todo, era aún más heroico quedarse callados, no había dos niños en un millón que pudieran hacerlo. Esa era la idea de Tom Sawyer, y creo yo que nadie podía mejorarla.



## IX

### Descubrimiento de Júpiter Dunlap



los dos o tres días el Mudo se hizo realmente popular. Fue vinculándose con los vecinos que le apreciaban un montón, y se sentían orgullosos de tener tal atracción entre ellos. Le invitaban a desayunar, le invitaban a almorzar, le invitaban a cenar; le daban cerdo y maíz hasta hartarse, y nunca se cansaban de observarlo y preguntarse sobre él, y deseaban conocerlo más. Era tan peculiar y romántico. Sus señas no servían de nada, la gente no podía entenderle y, probablemente, él tampoco; pero pronunciaba algunos gu-gus y, así, todos se sentían satisfechos y lo admiraban. Llevaba consigo un pedazo de



pizarra y una tiza, y la gente escribía preguntas, y él las respuestas; pero nadie podía leer su letra, excepto Brace Dunlap. Brace decía que no sabía leerla muy bien, pero se las arreglaba para encontrarle el sentido la mayoría de veces. Explicó que el Mudo decía venir de tierras lejanas donde vivía en buenas condiciones, hasta que se cruzó con unos estafadores en quienes había confiado, y que ahora era pobre y no sabía cómo ganarse la vida.

Todo el mundo aplaudía a Brace Dunlap por ser tan bueno con ese forastero. Le permitió vivir en una cabaña de madera para él solo, y mandó a sus negros a que cuidaran de él y le proporcionaran todos los alimentos necesarios.

El Mudo pasaba en nuestra casa algunas veces, porque el tío Silas estaba tan afligido que cualquiera que estuviera igual de afligido que él le servía de consuelo. Yo y Tom no revelamos que lo conocimos antes, y él no dijo nada sobre conocernos a nosotros. La familia hablaba de sus problemas frente a él, como si no estuviera

allí, pero pensábamos que oír lo que se decía no le haría ningún daño. Generalmente, no parecía poner atención, pero a veces sí lo hacía.

Luego de dos o tres días, todo el mundo comenzó a inquietarse por Júpiter Dunlap. Uno preguntaba a otro, y otro a otro, si tenían alguna idea sobre lo que le había pasado. Ninguno la tenía, decían, y asentían entre ellos y decían que había algo raro en esta situación. Pasó un día y otro día, y entonces el rumor de que tal vez fue asesinado comenzó a circular. ¡La conmoción que provocó! Todas las lenguas hablaban del mismo tema. El sábado se formaron dos o tres grupos que salieron a los bosques a ver si encontraban algunos de sus restos. Yo y Tom ayudamos, y fueron buenos tiempos, excitantes. Tom estaba tan emocionado con la búsqueda que no podía comer ni dormir. Tom dijo que si encontrábamos el cuerpo seríamos alabados, y hablarían más de nosotros que si nos hubiéramos ahogado.

Los otros se cansaron y se rindieron, pero no Tom Sawyer, no era su estilo. El sábado en la

noche no logró dormir nada, intentando trazar un plan, y al amanecer lo puso en acción. Me arrancó de la cama, todo emocionado, y dijo:

—¡Rápido, Huck, vístete ya! ¡Ya tengo un plan! ¡Un sabueso!

A los dos minutos estábamos bajando por el camino cerca del río, hacia el pueblo. El viejo Jeff Hooker tenía un sabueso, y Tom iba a pedirselo prestado. Yo le dije:

—El rastro es muy antiguo, Tom, y además, ha llovido.

—No tiene importancia, Huck. Si el cuerpo está escondido en alguna parte del bosque, el perro lo encontrará. Si ha sido asesinado y enterrado, no lo hubieran escondido tan profundo, no es probable. Y si el perro pasa por encima de él, seguramente lo olerá. Huck, ¡vamos a ser celebrados! Tenlo por seguro.

Tom se había encendido, y cuando se prendía, lo hacía por completo. Así sucedió esta ocasión. En dos minutos ya lo tenía todo descifrado, no solo iba a encontrar el cadáver, no, también iba a seguir el rastro del asesino y lo

iba a cazar, y no solo eso, además, iba a darle una paliza hasta que...

–Mira –le dije– es mejor que encuentras ya el cadáver; creo que es suficiente por hoy. Por lo que sabemos, puede que ni siquiera haya un cuerpo y que nadie haya sido asesinado. Porque pudo, simplemente, haber escapado y no haber muerto.

Estas palabras lo irritaron, y dijo:

–Huck Finn, nunca te creí el tipo de persona a la que le gusta arruinar todo. Mientras no veas esperanza en una cosa, no dejas que nadie más la tenga. ¿Qué sacas con vaciar un balde de agua fría sobre el cadáver y continuar con esa teoría egoísta de que no hubo ningún asesinato? Nada en el mundo. No entiendo cómo puedes actuar así. Yo no te trataría de esta manera, y lo sabes. Aquí tenemos una noble oportunidad para crear una reputación y...

–¡Oh!, continúa. –dije-. Lo siento, me retracto de todo. No lo decía en serio. Haz lo que quieras, a mí él no me afecta. Si está muerto, me alegro tanto como tú; y si no lo está...

–Nunca dije que me alegre, es sólo que...

–Bueno, entonces lo siento tanto como tú. De la manera que tú opines, opinaré yo. Él...

–No hay opiniones respecto a nada, Huck Finn; nadie dijo nada sobre opiniones. En tanto a...

Olvidó que estaba hablando, y continuó caminando con pasos pesados, reflexionando. Comenzó a excitarse de nuevo, y muy pronto dijo:

–Huck, sería lo mejor si encontráramos el cuerpo después de que todos dejaron de buscar, y que después continuáramos y atrapáramos al asesino. No solo será un honor para nosotros, pero será un honor para el tío Silas porque fuimos nosotros quienes lo hicimos. Ya verás que lo pondrá de nuevo en pie.

Pero el viejo Jeff Hooker nos echó un balde de agua fría encima cuando entramos a su herrería y le dijimos qué queríamos.

–Pueden llevarse al perro –dijo– pero no encontrarán ningún cadáver, porque no hay nin-

gún cadáver que buscar. Todos han dejado la búsqueda y tenían razón. Tan pronto lo pensaron bien, se dieron cuenta de que no había ningún cuerpo. Y te diré por qué. ¿Por qué una persona mata a otra, Tom Sawyer?... Responde a esto.

—¿Por qué?... Porque...

—¡Responde! No eres un tonto. ¿Por qué le mata?

—Bueno, unas veces es por venganza, y...

—Espera. Una cosa a la vez. Dices que por venganza, y tienes razón. Ahora, ¿quién querría vengarse de ese pobre inútil? ¿Quién crees tú que querría matarlo?

Tom quedó estupefacto. Me parece que jamás se le había ocurrido que una persona tuviera una razón para matar una persona, y ahora comprendía que no era probable que alguien tuviera algún resentimiento hacia un cordero como Júpiter Dunlap. El herrero continuó diciendo:

—Ya ves, la idea de la venganza no funciona. Y ¿qué sigue? ¿Robo? ¡Mi Dios, eso debe ser,

Tom! Sí, señor, creo que le atinamos esta vez. Algún fulano codiciaba las hebillas de sus tirantes, y por eso...

Pero le pareció tan graciosa la idea que se echó a reír, y continuó riendo, y riendo, y riendo hasta casi muerto; y Tom se veía tan decepcionado y desconsolado que comprendí que se avergonzaba de haber venido, y que deseaba no haberlo hecho. Pero el viejo Hooker no le dejó tranquilo. Continuó mencionando todas las razones que una persona podía tener para matar a otra, y hasta el más tonto podía notar que ninguna se aplicaba al caso, y él no dejó de burlarse de todo el asunto y de las personas que andaban buscando el cuerpo y dijo:

—Si tuvieran algo de sentido común, sabrían que el maldito vago se largó porque quería un descanso después de tanto trabajo. En un par de semanas regresará y ¿cómo se sentirán ustedes? Pero, las leyes los bendigan, vayan, cojan el perro y salgan a buscar sus restos. Hazlo, Tom.

Y entonces, cayó de nuevo en carcajadas y tuvo otro ataque de risas de cuarenta varas. Tom no se podía retractar después de todo, así que dijo, «Muy bien, desencadénalo»; y el herrero lo hizo, y nos marchamos dejando al viejo hombre riendo a carcajadas.

Era un perro adorable. No hay ningún perro que tenga mejor disposición que un sabueso, y este nos conocía y nos quería. Iba brincando alrededor a toda prisa, alegremente y muy feliz por la libertad y las pequeñas vacaciones; pero Tom estaba tan avergonzado que no podía confiar en sí mismo, y dijo que deseaba haber reflexionado con calma antes de comenzar este mandado. Dijo que el viejo Jeff Hooker se lo contaría a todo el mundo y no dejarían de echárselo en cara.

Entonces, regresamos a casa, holgazaneando por caminos secundarios, sintiéndonos decaídos y sin decir una palabra. Cuando pasamos por la esquina de nuestro tabacal, oímos al perro aullar, y nos dirigimos hacia él; estaba rasgando la tierra con todas sus fuerzas, y de vez



en cuando erguía la cabeza de un lado a otro y lanzaba otro aullido.

Era un gran cuadrado, con la forma de una tumba; la lluvia había hundido algo la tierra, mostándola. En el minuto que llegamos y esperamos, nos miramos el uno al otro sin cruzar una palabra. Cuando el perro excavó unos centímetros más, agarró algo y lo sacó; era un brazo y una manga. Tom exhaló una especie de suspiro y dijo:

—¡Mira, Huck, lo encontramos!

Yo sólo me sentí muy mal. Nos dirigimos a la calle y agarramos a los primeros hombres que pasaban. Ellos tenían una pala en el granero, la tomaron y comenzaron a cavar para sacar el cuerpo; nunca se ha visto excitación semejante. No podías discernir nada por el rostro, pero no era necesario. Todos dijeron:

—¡Pobre Júpiter! Son sus ropas, hasta el último harapo.

Algunos se apresuraron a divulgar la noticia y avisar al Juez de Paz para que iniciara el su-

mario; y yo y Tom nos dirigimos a casa. Tom estaba prendido y sin aliento cuando llegamos corriendo a donde el tío Silas, la tía Sally y Benny estaban. Tom gritó:

—Yo y Huck encontramos el cadáver de Júpiter Dunlap, nosotros solos con un sabueso, después de que todos renunciaran a la búsqueda y se rindieran; y si no fuera por nosotros nunca se lo encuentra; y fue asesinado... ¡Lo mataron! Con una maza o algo parecido; y yo voy a encontrar al asesino. ¡Les aseguro que lo haré!

La tía Sally y Benny se levantaron de sus sillas de un salto, sorprendidas, pero el tío Silas se cayó de su silla directo al suelo y gimió:

—¡Oh, Dios mío, ya lo han encontrado!



## X

### Arresto de tío Silas

**L**as horribles palabras nos dejaron quietos. No pudimos mover ni manos ni pies por casi medio minuto. Después logramos movernos, y ayudamos al anciano a sentarse de vuelta en su silla, y Benny le mimó y le besó y trató de consolarlo, y la pobre tía Sally hizo lo mismo; pero las pobres estaban tan alarmadas, tan asustadas y cansadas que apenas sabían lo que hacían. Y Tom se sentía terrible, lo petrificó el pensar que metió a su tío en muchos más problemas de los que ya tenía, y que tal vez no hubiera pasado si no se portaba tan ambicioso, y dejaba el cadáver en paz en

el bosque como lo hicieron los demás. Pero muy pronto, pareció reponerse y dijo:

–Tío Silas, no diga una palabra más. Es peligroso y no hay ni una pizca de verdad en esto.

La tía Sally y Benny agradecieron escucharle decir esas palabras, y repitieron lo mismo; pero el anciano balanceaba su cabeza afligido y desesperado, y con lágrimas en los ojos, y dijo:

–No... Yo lo hice, pobre Júpiter ¡yo lo hice!

Fue espantoso oírle decir eso. Y continuó, y nos contó sobre lo sucedido, y dijo que sucedió el día en que yo y Tom llegamos... al atardecer. Dijo que Júpiter estaba molestándole y agraviándole hasta que se enojó y perdió los estribos y cogió un garrote y le golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas, y Júpiter cayó. Y luego estaba asustado y arrepentido, y se arrodilló y levantó su cabeza, y rogó para que le hablara y dijera que estaba vivo; y el caído volvió en sí, y al ver quien le sostenía la cabeza se asustó como si estuviera enfrente de la muerte, y se levantó, saltó la cerca y corrió hacia el bosque,

y desapareció. Entonces, el tío Silas confió en que no estaba malherido.

–Pero –añadió– fue sólo el miedo lo que le dio ese arranque de energía, que, por supuesto, pronto desapareció y él cayó inconsciente sobre los arbustos, y no había nadie que le ayudara, y murió.

Entonces el anciano lloró en aflicción, y dijo que era un asesino y que tenía la marca de Caín sobre él, y que había traído desgracia a su familia y que lo iban a encontrar y colgar por sus crímenes. Pero Tom dijo:

–No, usted no será descubierto. Usted no lo mató. Un golpe como ese no lo mataría. Alguien más lo hizo.

–¡Oh, sí! –dijo– yo lo hice... nadie más. ¿Quién más tenía algo en su contra? ¿Quién más podría tener algo contra él?

Alzó la mirada, esperando que alguno de nosotros pudiera mencionar a alguien que pudiera resentir algo contra ese holgazán inofensivo, pero obviamente no sirvió de nada... no pudimos decir una palabra. Lo notó y se entristeció

aún más; nunca vi una cara tan miserable y deplorable. Tom tuvo una idea de repente y dijo:

—Pero, ¡alto!... alguien lo enterró. Pero quién...

Se calló de repente. Y yo comprendí la razón. Me dio escalofríos cuando dijo esas palabras, porque en seguida me acordé de haber visto al tío Silas merodeando esa noche en la oscuridad con una pala en la mano. Y sabía que Benny lo había visto también, porque un día estuvo hablando de eso. En el instante en que se calló, Tom cambió de tema y le dijo al tío Silas que debía quedarse mudo, y los demás haríamos lo mismo, y dijo que debía mantener la boca cerrada, porque no tenía la obligación de denunciarse, y si él se quedaba mudo nadie lo sabría; pero si era descubierto le rompería el corazón a la familia y los mataría, y no haría ningún bien a nadie. Y, al fin, el tío Silas terminó por prometerlo. Y todos nos sentimos más tranquilos y procuramos reanimarlo. Le dijimos que lo único que tenía que hacer era mantenerse callado, y que no pasaría mucho tiempo para que todos olvidaran el tema. Todos dijimos que nadie ja-

más sospecharía del tío Silas, que nadie podría siquiera soñarlo, siendo él tan buena persona; y Tom dijo cordialmente:

–Muy bien, vamos a ver; reflexionemos un minuto. Aquí está tío Silas, siendo predicador por años... a su propia costa; haciendo el bien todos estos años, con todas sus fuerzas y en cuantas formas se le ha ocurrido... a su propia costa, todo el tiempo; siempre fue querido y respetado por todos; siempre fue pacífico y nunca se ha metido en los asuntos de los demás, es el último hombre del distrito capaz de agredir a otra persona, todo el mundo lo sabe. ¿Sospechar de él? Es tan posible como...

–¡Bajo la autoridad del Estado de Arkansas, estás bajo arresto por el asesinato de Júpiter Dunlap! –vociferó el sheriff desde la puerta.

Fue espantoso. La tía Sally y Benny se lanzaron hacia el tío Silas, gritando y llorando, y lo abrazaron y se le colgaron al cuello, y la tía Sally gritó «¡Largo de aquí!», porque ella jamás lo entregaría y ellos no deberían arrestarlo, y los negros llegaron a la puerta, aglomerados y



llorando, y... bueno, yo no pude soportarlo; era suficiente como para romperle el corazón a una persona; por eso salí de allí.

Lo llevaron a la única cárcel del pueblo, y todos le acompañamos para decir adiós; y Tom, sintiéndose recuperado, me dice:

—Pasaremos muy buen rato y sentiremos el peligro cuando una noche lo saquemos de aquí, Huck, y seremos el centro de las conversaciones en todas partes y seremos celebrados.

Pero el anciano estropeó ese plan en el momento en que Tom se lo dijo. Le dijo que no, que era su deber aceptar el peso de la ley, y que permanecería en la cárcel el tiempo necesario, aunque nunca vaya a salir. Esto hizo que Tom se decepcionara y desalentara, pero tenía que aceptarlo.

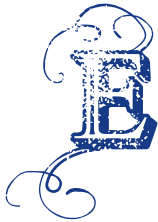
Pero se sintió responsable y obligado a liberar a su tío Silas; y dijo a la tía Sally, una última cosa, que no se preocupara, porque él iba a trabajar día y noche hasta encontrar al culpable y demostrar que el tío Silas es inocente; y ella le agradeció con mucho cariño y le dijo que sabía

que él iba a dar su mejor esfuerzo. Y nos pidió que ayudáramos a Benny a cuidar la casa y a los niños, y entonces todos lloramos juntos, nos despedimos y nos dirigimos hacia la granja, y dejamos a la tía Sally ahí para que viviera con la esposa del carcelero por un mes, hasta el juicio en octubre.



## XI

### Tom Sawyer descubre a los asesinos



ra un mes muy difícil para todos. La pobre Benny hacía todo lo mejor que podía. Y yo y Tom tratábamos de sostener las cosas lo más animadas posibles en la casa, pero, como se supondrá, era en vano. Lo mismo sucedía en la prisión. Íbamos todos los días a visitar a los viejos, pero eso era terriblemente triste, porque el anciano tío apenas dormía, y deambulaba en sueños, de forma que llegó a sentirse muy fatigado y desfalleciente; su mente se resquebrajó y temíamos que los disgustos le sobrepasaran y lo matasen. Y si intentábamos animarle, solo meneaba la cabeza y decía que si supiéramos lo

que era cargar en el corazón el peso de un homicidio, no le hablaríamos de esa forma. Tom y todos nosotros insistíamos en que no fue un asesinato, sino homicidio accidental; pero para él no había diferencia: era asesinato, y no lo entendía de otro modo. Es más, testarudo, empezó a convencerse de que sí intentó matar al hombre. Era espantoso, ¿saben? Nos hacía ver el asunto cincuenta veces más grave de lo que realmente era, y no había alivio para tía Sally ni para Benny. Pero prometió que no diría ni una palabra sobre su asesinato mientras hubiera gente alrededor, y esto nos consoló mucho.

Tom Sawyer se rompió la cabeza todo ese mes tratando de encontrar un plan que salvara a tío Silas, y muchas noches me mantuvo despierto con aquel agotador trabajo, sin que apareciera una salida válida. En cuanto a mí, pensé que ningún cuerpo podía soportar ese ritmo y que no había sentido en quebrarse la testa de ese modo, pues el caso era muy oscuro y estaba muy desanimado; pero Tom no se daría por vencido. Se empeñó en el

asunto, planeando, elucubrando e indagando en su mente.

Hacia mediados de octubre, finalmente llegó el juicio, y todos fuimos a la Corte. El lugar estaba repleto, claro. ¡Pobre tío Silas, se veía más como una persona muerta que como una viva; sus ojos estaban tan hundidos, y se veía tan delgado y sufriente! Benny se sentó a un lado de tío Silas y tía Sally al otro; llevaban velos y estaban llenas de dolor. Pero Tom se sentó junto a nuestro abogado, como era lógico, quiso intervenir en todo. Él se lo permitió, y el Juez también. En ocasiones, Tom quitaba el asunto de manos del abogado, lo cual fue muy oportuno pues el abogado era demasiado cauto y no mataba ni una mosca, como dice el dicho.

El jurado hizo el juramento y el abogado acusador inició su intervención. Dio un terrible discurso contra el pobre viejo, que le hizo sollozar y quejarse, e hizo llorar a Benny y a tía Sally.

La forma de narrar el asesinato nos dejó impactados, pues era completamente diferente a la historia del anciano. Dijo que comprobaría

que tío Silas fue visto, por dos testigos, cometiendo el asesinato de Júpiter Dunlap; que lo había hecho a propósito, e incluso que tío Silas había dicho que mataría a Júpiter el mismo instante que le amenazó con la maza; también probaría que los declarantes le vieron esconder el cuerpo de Júpiter en los matorrales, y que lo vieron bien muerto. Además dijo que tío Silas regresó después y llevó el cuerpo de Júpiter hasta el campo de tabaco y que dos hombres vieron cómo lo hacía. Y finalmente, afirmó que tío Silas volvió por la noche y enterró a Júpiter, y otro hombre lo vio.

Me dije a mí mismo “pobre viejo tío Silas ha estado mintiendo creyendo que nadie le había visto, y porque no soportaba la idea de romper el corazón de tía Sally y de Benny, y cuánta razón tenía; siendo mi caso, lo habría hecho igual, lo mismo que cualquier persona de buenos sentimientos, con tal de impedir que las pobres mujeres vivieran un dolor y un pesar del cual no tenían ninguna responsabilidad. Bueno, todo esto hizo que nuestro abogado se viera

enfermo, y por un segundo hasta el mismo Tom se dejó apesadumbrar, pero enseguida se recuperó y aparentó no estar turbado, aunque yo sabía que lo estaba de todas formas.

Y cuando el abogado anunció lo que probaría, se sentó e inició el interrogatorio a sus testigos.

En principio llamó a varios de ellos para demostrar que entre el tío Silas y el occiso existía rencor; ellos manifestaron haber escuchado, en varias oportunidades, cómo tío Silas intimidaba al muerto con sus amenazas, una y otra vez, y que eso empeoraba y empeoraba, de tal forma que todos comentaban, y el muerto temió por su vida y lo dijo a dos o tres de ellos que tenía la seguridad de que tío Silas le mataría más temprano que tarde.

Tom y nuestro abogado les hicieron varias preguntas, pero no hubo manera de que respondieran porque se afianzaron en lo que habían contado.

Luego llamaron a Lem Beebe, quien subió al estrado. Recordé, entonces, cómo Lem y Jim Lane habían pasado conversando aquella



noche, sobre pedir prestado un perro o algo a Júpiter Dunlap; y eso me trajo a la memoria las zarzadoras y la linterna; y eso a Bill y a Jack Withers, y cómo pasaron junto a nosotros hablando de un negro que robaba trigo a tío Silas; y esto lo relacioné con nuestro viejo fantasma, quien había aparecido, casi a la misma hora, asustándonos... Y allí estaba él también, como un personaje especial, con mérito propio por ser sordomudo y extranjero; le habían puesto un asiento dentro de los estrados y podía cruzar las piernas cómodamente, mientras que el resto de los asistentes estaban apretados y casi sin poder respirar. Así que fui recordando lo ocurrido hasta ese momento; y me dejó perplejo reconocer cuán placenteramente habíamos vivido hasta entonces, y cuán miserables después.

Lem Beebe, luego de hacer el juramento, dijo:

—Volvía a casa aquel día, dos de septiembre, y Jim Lane estaba conmigo; era alrededor del atardecer y oímos una conversación en voz alta,

como una discusión; estábamos muy cerca, sólo con los arbustos de avellanos de por medio (o sea a lo largo de la valla); y escuchamos una voz diciendo: «Te he dicho más de una vez que te mataré», y supimos que era la voz del prisionero; y vimos una estaca levantándose sobre los matorrales, y volviendo a bajar; oímos un golpe fuerte, y después uno o dos lamentos; entonces nos trepamos a un lugar de donde pudiéramos ver quién era la víctima, y ahí lo vimos extendido en el suelo, Júpiter Dunlap: muerto; y parado a su lado a este prisionero con la estaca; lo siguiente fue que arrastró al difunto hasta un grupo de matorrales y lo escondió; después, nosotros nos escabullimos para no ser vistos, y nos fuimos.

Fue horrible, escuchar la declaración nos heló la sangre a todos, y mientras Beebe la decía, la sala estaba tan silenciosa como si no hubiera nadie dentro. Cuando terminó, se podían oír los suspiros y las murmuraciones en toda la casona, y todos se miraban entre ellos como diciendo: «¿No es extremadamente espantoso?»

¿No es terrible?».

Y entonces sucedió algo que me asombró. Todo el tiempo los primeros testigos estaban probando la mala sangre que existía entre ambos, las amenazas y todo eso. Tom Sawyer estaba atento, acechándoles y buscándoles; y cuando terminaron de atestiguar se lanzó contra ellos y se esmeró por agarrarles en la mentira y para desvirtuar su testimonio. Pero ahora, ¡qué diferencia! Cuando Lem inició su declaración, y no dijo ni una palabra sobre haber hablado con Júpiter o haberle pedido un perro, Tom estaba atentísimo, y se lo podía ver alistarse para interrogarle fuertemente de nuevo, hasta arruinarle; y di por hecho que yo y él declararíamos juntos lo que escuchamos decir a Beebe y a Jim Lane. Pero la siguiente vez que vi a Tom me estremecí. Estaba con la peor actitud posible... a millas y millas de distancia. No estaba oyendo ni una palabra de lo que Lem Beebe decía; y cuando terminó la declaración, todavía mantenía la misma oscura actitud. Nuestro abogado le codeó, y solo entonces alzó la mirada asustada, y le dijo:

—El testigo es suyo si lo quiere. Déjeme solo... Necesito pensar...

Eso me golpeó. No podía comprenderlo. Y Benny y su madre... ¡oh! parecían enfermas, estaban tan angustiadas.

Apartaron sus velos hacia un lado y trataron de encontrar los ojos de Tom, pero no hubo respuesta. Yo tampoco pude encontrarlos. Así es que el ingenuo abogadito interpeló al testigo, pero fue en vano, y provocó un lío.

Luego llamaron a Jim Lane, quien repitió la misma historia, exacta. Tom tampoco lo oyó y continuó pensando y pensando, a millas y millas de distancia. De modo que el abogadillo se encontró solo nuevamente, y salió tan mal parado como antes. El abogado acusador pareció muy cómodo, pero el Juez se mostró disgustado. Es que Tom era casi un verdadero abogado porque en Arkansas se permite al acusado escoger a quien desee para ayudar a su defensor y tío Silas había elegido a Tom para hacerlo, pero él lo estaba echando todo por la borda, y al Juez no le gustó para nada.

Todo lo que el abogado logró sacar de Lem y Jim fue esto:

—¿Por qué no dijeron lo que vieron?

—Teníamos miedo de estar envueltos en el asunto; y solo iniciábamos una excursión de caza por una semana; pero en cuanto regresamos nos encontramos con que estaban buscando el cuerpo y enseguida fuimos donde Brace Dunlap y le dijimos todo lo que sabíamos sobre el tema.

—¿Cuándo lo hicieron?

—El sábado, 9 de septiembre, en la noche.

El Juez alzó la voz y dijo:

—Señor sheriff, arreste a estos dos testigos como sospechosos de encubrimiento del homicidio.

El abogado acusador saltó de su asiento, excitadísimo, y dijo:

—¡Su Señoría! Protesto contra esta extraordinari...

—¡Siéntese! —dijo el Juez, dando un martillazo en su atril. —Le ruego respetar la Corte.

Así lo hizo, y después llamó a Bill Withers.

Bill Withers, bajo juramento, dijo:

– Yo pasaba al anochecer, sábado, 2 de septiembre, por el campo del prisionero, y mi hermano Jack estaba conmigo y vimos a un hombre llevando algo pesado a sus espaldas, y pensamos que era un negro que robaba trigo; no pudimos distinguirlo; luego nos dimos cuenta de que era un hombre cargando a otro; por la forma como colgaba el uno y por el caminar tambaleante del otro, creímos que era alguien que estaba ebrio; y por la forma de caminar supusimos que era el párroco Silas, y juzgamos que habría encontrado a Sam Cooper –a quien siempre trataba de corregirle– borracho en el camino y que se lo estaba llevando para salvarle de los peligros.

Todo esto hizo estremecer a los presentes: el pensar que el pobre viejo tío Silas había arrasado al difunto hasta el tabacal donde el perro lo había descubierto; pero no había ninguna compasión en sus rostros; tanto así que escuché un comentario: «Es el crimen más espeluz-

nante que he visto: ¡remolcar así a un hombre asesinado y enterrarlo como a un animal! ¡Y eso, viniendo de un predicador!».

Tom seguía pensando, sin inmutarse de nada; por lo que nuestro abogado cuestionó al testigo, e hizo lo mejor que pudo, siendo muy poco.

Luego Jack Withers se acercó al estrado y relató el mismo cuento, tal como lo había dicho Bill.

Y, después de él, vino Brace Dunlap, quien estaba compungido y lloroso; y hubo un murmullo y un siseo alrededor; y todos se dispusieron a escuchar, y muchas mujeres del pueblo dijeron: «¡Pobre criatura, pobre criatura!», y se las podía ver enjugando sus lágrimas.

Brace Dunlap, jurándolo, dijo:

—Llevaba mucho tiempo inquieto por mi hermano, pero nunca imaginé que las cosas estuvieran tan mal como están, ni creí que alguien pudiera tener el valor de lastimar a una pobre e indefensa criatura como Júpiter... (por un instante, estoy seguro de que Tom se estremeció tenuemente, y se vio nuevamente muy

insatisfecho)...y deben saber que yo no podía pensar que un predicador pudiera lastimarme –no era natural pensar semejante cosa– así que no di crédito a la situación y ahora, nunca, ¡jamás podré perdonármelo! Si yo hubiera actuado de otra manera, mi pobre hermano estaría aún conmigo en este momento, y no estaría asesinado... ¡pobre de él!

Se mostró vulnerado y ahogado; esperó un momento hasta recuperar la voz; la gente a su alrededor decía las frases más piadosas, y las mujeres lloraban; todo estaba silencioso, solemne y el anciano tío Silas, pobrecito, exhaló un suspiro tan profundo que todo el mundo lo oyó. Entonces, Brace continuó:

–El sábado, 2 de septiembre, no regresó a casa para cenar. Poco a poco, me fui sintiendo inquieto, y uno de mis negros fue a casa de este preso, pero regresó y dijo que no estaba ahí. Así que me puse ansioso, muy ansioso, y no pude descansar. Fui a la cama, pero no pude dormir; me levanté, salí, y me dirigí muy avanzada la noche, hacia la casa del prisionero; y estuve



rondando el lugar por un buen rato, deseando encontrar a mi pobre hermano, sin imaginar siquiera que él ya estaba sin problemas y en mejor mundo...

Volvió a perder la respiración y a callar, y la mayoría de las mujeres estaban llorando. Muy pronto recuperó el soplo, y dijo:

–Pero todo fue en vano; finalmente volví a casa e intenté dormir un poco, sin resultados. En uno o dos días todos estaban inquietos, y empezaron a hablar de las advertencias de este preso, llegando a la conclusión, que ni se me había ocurrido, de que mi hermano había sido asesinado; de tal manera que empezaron a investigar para encontrar su cuerpo, pero no lo lograron, y se dieron por vencidos. Yo pensé que Júpiter se había marchado a holgazanear por ahí unos días, para tener un poco de paz y que volvería con nosotros cuando sus heridas estuvieran curadas. Pero tarde en la noche del día sábado 9, Lem Beebe y Jim Lane vinieron a mi casa y me lo dijeron todo... Me describieron todo el horrible asesinato, y mi corazón se

destrozó. Fue entonces que recordé algo que no había demandado mi atención hasta el momento, porque los reportes decían que al preso le había dado por pasear en sueños y hacer toda clase de cosas sin consecuencia, sin saber lo que se hallaba. Les diré que fue lo que recordé. Muy tarde, aquella horrible noche de sábado, cuando vagaba por la casa del preso, dolido y preocupado, al curvar por el ángulo del tabacal, oí un ruido como si alguien estuviera cavando en un arenal; me aproximé y miré a través de la enredadera que colgaba de la valla, y vi al preso cavando... cavando con una pala de mango largo... y tirando tierra en un hueco grande que estaba ya casi lleno; estaba de espaldas a mí, pero como la luz de la luna era muy clara, le reconocí debido a la bata vieja de paño verde, con una línea blanca en medio de la espalda, como si alguien le hubiera tirado una bola de nieve. ¡Enterraba al hombre a quien había asesinado!

Y se dejó caer en la silla llorando y sollozando; y casi todos en la estancia prorrumpieron

en llantos y suspiros, diciendo: «¡Oh! ¡Es espantoso... espantoso... horrible!», y hubo tal excitación que uno no podía ni oírse a sí mismo; y en medio de ella, se levantó de un salto tío Silas, blanco como un papel, y exclamó:

—¡Es verdad, cada palabra!... ¡Le maté a sangre fría!

¡Caramba, los dejó petrificados! La gente se levantó salvaje en toda la sala, estirándose y esforzándose por verle mejor, y el Juez martilleaba la mesa con el mazo, y el sheriff gritaba: «¡Orden... Orden en la sala... Orden!».

Mientras tanto, el anciano se mantenía ahí, de pie, temblando y con los ojos quemando, sin mirar a su mujer ni a su hija —quienes se anclaron a él implorándole que se callara—, pero apartándolas con sus manos y diciendo que lavaría su negra alma del crimen, que se quitaría de encima este peso que era insoportable y no podía soportar, y que no aguantaría una hora más. Y después se lanzó a contar furiosamente su terrible historia y el Juez, los jurados, los abogados y todos los asistentes lo

miraban jadeantes, y tía Sally y Benny lloraban con el corazón en la mano. Y lo increíble fue que ¡Tom Sawyer no regresó a ver... nunca! ¡Ni una sola vez, solo permaneció sentado, con sus ojos en algo más, que yo no podría decir qué era! Mientras, el anciano continuó soltando sus palabras como un torrente de fuego:

—¡Yo lo maté! ¡Soy culpable! Pero nunca tuve la intención de lastimarlo o hacerle daño —a pesar de todas las mentiras sobre mis supuestos maltratos a él—, hasta el instante mismo en que levanté el mazo... Entonces mi corazón se congeló... toda piedad se desvaneció de él, y le golpeé hasta matarlo. En ese preciso momento, todos mis resentimientos vinieron a mi mente, todos los insultos que él y el canalla de su hermano -que está ahí- me habían prodigado; y recordé cómo se habían confabulado para quitarme la simpatía de la gente, para empañar mi buen nombre, y conducirme a una maldición que nos destruyera a mí y a mi familia, quienes no les habíamos causado ningún daño, ¡Dios es mi testigo! Y lo hicieron por una vil venganza...

¿Por qué? Porque mi inocente y pura hija, que está a mi lado, no quiso casarse con este rico, insolente, cobarde e ignorante Brace Dunlap, quien ha venido a gimotear por un hermano que nunca le importó un pito... (vi a Tom dar un brinco, y esta vez, mostrarse alegre, con una seguridad matadora)... Y en ese momento del que les he hablado, me olvidé de mi Dios, y recordé tan sólo la amargura de mi corazón... ¡Dios me perdone! ¡Y me eché a matar! En un segundo me sentí miserablemente arrepentido... ¡Oh, lleno de remordimiento; pero pensé en mi pobre familia, y por su seguridad, debí ocultar lo que había hecho; y sí, yo escondí el cadáver en las malezas, y lo llevé al tabacal; y en la profunda oscuridad de la noche, fui con mi pala y lo enterré donde...

Saltó Tom, y exclamó:

—¡Eso es, ahora lo tengo! Y agitó la mano, siempre elegante y caballeroso, en dirección al pobre viejo, y añadió:

—¡Siéntese! ¡ Un asesinato se cometió, efectivamente; pero usted no puso una mano en él!

Bueno, bueno... se habría podido oír caer un alfiler. El anciano se dejó caer en su asiento, como desmayado, sin que tía Sally y Benny lo notaran, porque estaban estupefactas, mirando a Tom con la boca abierta, y sin saber en qué estaban. Y todos los demás, lo mismo. Nunca vi gente tan confusa, ni ojos tan fijos y sin pestañear, como en ese momento. Tom dijo con perfecta calma:

—¿ Su Señoría, puedo hablar?

—¡Para gloria de Dios, sí!... ¡Sigue! —dijo el Juez, tan atónito y confuso que difícilmente entendió lo que ocurría.

Tom permanecía de pie y esperó un segundo o dos —para lograr un efecto, como él lo llamaba— y continuó, tan sosegado como siempre, y dijo:

—Hace unas dos semanas, se pegó en la entrada de esta Corte, un anuncio ofreciendo una recompensa de dos mil dólares para quien encontrara un par de enormes diamantes, robados en Saint Louis. Los diamantes valen doce mil dólares. Pero no nos preocupemos por ellos

hasta que sea el momento oportuno. Vayamos al asesinato. Les contaré todo al respecto: cómo ocurrió, quién lo cometió... cada detalle.

Se habría podido ver a todos agitarse, y empezar a escuchar como si fuera lo último que harían.

—Ese hombre aquí, Brace Dunlap, que ha estado lloriqueando por su hermano muerto por quien, según todos ustedes saben, jamás dio un medio, quería casarse con aquella bella joven que ven ahí, pero ella lo rechazó; por esta razón, Brace dijo a tío Silas que le haría arrepentir. Tío Silas sabía cuán poderoso era, y cuán difícil sería luchar contra él; por ello, temeroso y angustiado, hizo todo cuanto estuvo a su alcance para aquietarlo y conseguir que fuera bueno con ellos; incluso empleó en la granja a su inútil hermano Júpiter, pagándole un salario, a costa de reducir los gastos de su propia familia para poder afrontarlo; pero Júpiter hizo todo lo que su hermano le pedía para arruinar a tío Silas, y para enojarle, e inducirle a que le hiciera daño, para indisponerle frente a los

vecinos del pueblo. Y eso ocurrió, precisamente. Todo el mundo se volvió en contra de tío Silas, diciendo las cosas más miserables sobre él, las que gradualmente le fueron desgarrando el corazón... Sí, y estaba tan afligido y contrariado que llegó a dudar de su cordura. Bueno, el sábado que tantos disgustos nos ha dado, dos de los testigos: Lem Beebe y Jim Lane pasaron por el lugar en donde tío Silas y Júpiter Dunlap trabajaban... y eso es lo único cercano a la verdad, todo lo demás son puras mentiras. No oyeron a tío Silas decir que mataría a Júpiter; no escucharon ningún ruido de ningún golpe; no vieron ningún hombre muerto, ni vieron a tío Silas esconder algo en la maleza. ¡Mírenlos ahora! Ahí sentados, tal vez deseando no haber sido tan generosos con su lengua; de todos modos, lo desearán antes de que yo concluya. Aquella misma tarde de sábado por la noche, Bill y Jack Withers sí vieron a un hombre llevando a otro. Es lo único verdadero de cuanto han dicho, lo demás son puras mentiras. En principio creyeron que fue un negro que robaba trigo a tío Silas... –Deben notar cómo



se sienten tontos ahora que saben que alguien los oyó decir estas palabras—. Es porque ellos descubrieron, poco a poco, quién fue el que arrastraba a aquel hombre, y más todavía porque juraron aquí que lo tomaron por el tío Silas debido a su modo de andar, que no era... y lo sabían cuando juraron tal mentira. Un hombre, a la luz de la luna, sí vio a un asesinado siendo enterrado en el tabacal; pero no fue tío Silas quien lo enterró, pues él estaba en su cama en ese preciso momento. Pero bueno, antes de seguir, debo preguntar si han notado lo siguiente: que las personas, cuando están pensando profundamente o están preocupadas, hacen algo con las manos casi todo el tiempo, sin saberlo, y no se dan cuenta de lo que sus manos hacen; algunos se rascan las quijadas; otros se rascan la nariz; otros se cogen la barba con las manos; otros enredan una cadena; otros retuercen un botón; y también hay quienes dibujan con el dedo un número o una letra en la mejilla, o debajo de la barba, o en el labio inferior. Esa es mi forma. Cuando estoy cansado, o disgustado, o muy pensativo, dibujo letras V mayúsculas en

la mejilla o en mi labio inferior, o debajo de la barbilla, y nada más que letras V mayúsculas... y la mitad de las veces no lo noto ni me doy cuenta de que lo estoy haciendo.

¡Eso era raro! Es precisamente lo que yo hago, sólo que yo hago una O. Y pude ver a la gente asintiendo con la cabeza, uno al otro, como diciendo «es cierto».

—Pues bien, continuaré. Ese mismo sábado —no, fue en la noche anterior— un barco a vapor había atracado en Flagler's Landing, a cuarenta millas de aquí, y llovía y tronaba como la nación. Y en ella había un ladrón, el mismo que tenía los dos diamantes anunciados en la puerta frontal de esta casa; y él saltó a tierra con su maletín, y se alejó en la obscuridad y bajo la tormenta, con la sola esperanza de llegar a esta aldea y estar a salvo. Pero él tenía a bordo dos camaradas suyos, ocultos, y sabía que querían matarlo en cuanto se les presentara la oportunidad y le robarían los diamantes; porque los tres los habían robado; y entonces, este fulano se apropió de ellos y escapó. Bien, no habían

pasado ni diez minutos cuando sus camaradas se dieron cuenta de que se había ido, por lo que saltaron a tierra y salieron persiguiéndole. Probablemente encendieron cerillas y encontraron sus huellas. De cualquier manera, fueron tras de él durante todo el día sábado, manteniéndose fuera de su vista; y hacia el atardecer, él llegó a los matorrales de sicomoros, próximos al tabacal de tío Silas, penetró en ellos y sacó un disfraz del maletín, y se lo puso antes de aparecer en la aldea... Y reparen en que lo hizo poco tiempo después de que el tío Silas diera el golpe a Júpiter Dunlap; porque, efectivamente, sí lo golpeó. Pero en el minuto en que los camaradas vieron que el ladrón entraba en el bosquecillo de los sicomoros, saltaron de entre las malezas y corrieron tras él. Se lanzaron sobre él, y le apalearon hasta matarle. Sí, a pesar de todos sus gritos y lamentos, no tuvieron piedad de él, y le apalearon hasta matarle. Y dos hombres que corrían por el camino le escucharon gritar de esa forma, y se apuraron entrando en el bosque de sicomoros —que de todas formas era el camino que llevaban— y

cuando los ladrones les vieron llegar, se escaparon corriendo, y los dos nuevos hombres los persiguieron tan deprisa como pudieron. Pero solo por un minuto o dos; entonces, estos dos nuevos hombres retrocedieron hacia los sicomoros, con mucho cuidado y silencio. Y entonces, ¿qué hicieron? Yo les diré lo que hicieron. Encontraron el sitio donde el ladrón había sacado su disfraz del maletín para ponérselo, y uno de ellos cogió el disfraz y se lo puso.

Tom aguardó aquí un momento, para lograr un poco más de «efecto»; y luego dijo deliberadamente:

—El hombre que se puso el disfraz del muerto fue... ¡Júpiter Dunlap!

—¡Caramba! —exclamaron todos por toda la casa, y el viejo tío Silas se quedó perfectamente atónito.

—Sí, fue Júpiter Dunlap. No está muerto, ¿comprenden? Después sacaron las botas del cadáver y le pusieron los viejos y rasgados zapatos de Júpiter Dunlap y luego pusieron las botas del cadáver a Júpiter Dunlap. Entonces

Júpiter Dunlap se quedó donde estaba, y el otro hombre arrastró el cuerpo muerto del ladrón en la penumbra; y después de media noche fue a casa de tío Silas, cogió la bata verde que cuelga siempre en el corredor que separa la casa de la cocina y se la puso; y robó la pala de mango largo, y salió al tabacal y enterró al hombre muerto.

Tom se detuvo y se quedó quieto medio minuto. Entonces...

—¿Y quién creen que era el hombre asesinado? Era... Jake Dunlap, el bandido perdido por largo tiempo.

—¡Caramba!

—Y el hombre que le enterró fue... Brace Dunlap, ¡su hermano!

—¡Caramba!

—Y, ¿quién creen que es este idiota que lleva fingiendo todas estas semanas que es un forastero sordomudo? Es... ¡Júpiter Dunlap!

¡Increíble! Todos prorrumpieron en un alarido, y les aseguro que no vieron jamás nada

parecido a tal excitación desde su nacimiento. Y Tom se lanzó de un salto a Júpiter, le arranchó las gafas y las patillas postizas, y allí estaba el hombre asesinado, tan vivo como cada uno de los presentes. Tía Sally y Benny fueron a abrazar y a llorar y a besar y a mimar a tío Silas, quien para ese momento estaba más confuso y atontado que nunca, lo cual es decir bastante. Y en seguida la gente empezó a gritar:

—¡Tom Sawyer! ¡Tom Sawyer! ¡Cállense todos, déjenlo continuar! ¡Continúa, Tom Sawyer!

Lo que le hizo sentir jactancioso, pues para Tom Sawyer ser un personaje público o un héroe no era nada difícil. Cuando todos hicieron silencio, dijo:

—No hay mucho más. Solo esto. Cuando ese hombre, Brace Dunlap, estuvo a punto de arruinar la vida y la cordura de tío Silas, hasta hacerle perder la cabeza y dar un garrotazo con el mazo a este otro fanfarrón, su hermano, creo que vio llegada su hora. Júpiter se dirigió al bosque para esconderse, y sospecho que su juego era el de escurrirse en la noche y aban-

donar el campo. Entonces Brace haría creer a todos que tío Silas lo había asesinado, ocultando el cuerpo en algún lado; lo cual provocaría la ruina de tío Silas; lo arrojaría de la comarca y, tal vez, lo ahorcarían. No lo sé, pero cuando encontraron a su hermano muerto en los sicomoros sin reconocerlo, porque estaba tan desfigurado, vieron que tenían una mejor estrategia: disfrazarse los dos y enterrar a Jake, y sacarlo después vestido con la ropa de Júpiter, y sobornar a Jim Lane, Bill Withers y a los demás para que juraran algunas fáciles farzas, como lo han hecho. Y ahí están bien sentados; y les dije que se enfermarían antes de que yo terminara, y así se ven ahora. Bueno, yo y Huck Finn, aquí presentes, vinimos en el barco con los ladrones, y el muerto nos relató todo sobre los diamantes, y dijo que los otros le matarían si tenían la oportunidad; y nosotros lo ayudaríamos todo lo que pudiéramos. Pasábamos por los sicomoros cuando los oímos matarlo ahí mismo; pero estuvimos ahí temprano en la mañana, después de la tormenta y nos persuadimos de que nadie había sido ase-

sinado allí, después de todo. Y cuando vimos a Júpiter Dunlap merodeando por estos lares con el mismísimo disfraz que Jake nos dijo que usaría, pensamos que era el mismo Jake y que iba diciendo gu-gu como sordomudo, según lo había planeado. Sí, yo y Huck Finn fuimos tras el rastro del cadáver, después de que los otros abandonaron la búsqueda, y lo encontramos. Y estábamos muy orgullosos, hasta cuando tío Silas nos dejó locos de incredulidad al decirnos que él había matado al muerto. Nos arrepentimos sobremanera de haber encontrado el cadáver, y nos propusimos salvar el cuello de tío Silas, si ello estaba en nuestras manos; sería una tarea muy difícil porque él no nos dejaría sacarle de prisión, tal como lo hicimos con el viejo negro Jim. Hice todo lo posible, durante todo el mes, por encontrar la forma de salvar a tío Silas pero no lo logré. De forma que cuando vine al juicio hoy, vine vacío y no vi ninguna salida por ninguna parte. Pero, poco a poco, fui notando algo que me puso a pensar —apenas un pequeño «algo» que no era suficiente para estar seguro pero mi hizo



pensar fuertemente y observar, cuando no hacía otra cosa que pensar—; y después, poco a poco, cuando tío Silas decía aquel disparate de que fue ¡él! quien había matado a Júpiter Dunlap, encontré ese algo de nuevo y esta vez salté e interrumpí todos los procedimientos, porque supe de inmediato que Júpiter Dunlap estaba sentado frente a mí. Lo supe por un asunto que le había visto hacer... y que recuerdo claramente. Le vi hacerlo cuando estuve aquí hace un año.

Se detuvo entonces y lo estudió un minuto —concibiendo un «efecto»— lo supe perfectamente. Entonces se volvió, como si fuera a abandonar la plataforma y dijo, algo perezoso e indiferente:

—Bueno, me parece que esto es todo.

¡Jamás habrán oído un alarido igual! Y surgía de toda la sala:

—¿Qué le viste hacer? ¡Quédate en donde estás, diablillo! ¿Crees que vas a ingeniar algo y luego dejarnos con la boca hecha agua? ¡¿Qué fue lo que hizo?!

Eso fue todo, ¿lo ven? Lo hizo solo para

conseguir el «efecto». No le hubiera arrancado del estrado ni una yunta de bueyes.

—Oh, no es gran cosa —dijo—. Le vi un poco excitado cuando se dio cuenta que tío Silas se las estaba arreglando para ser colgado por un asesinato que no cometió; y se puso cada vez más y más nervioso, y preocupado, lo he observado agudamente, pretendiendo no hacerlo; y de pronto sus manos empezaron a funcionar y moverse frenéticamente, y muy pronto su izquierda empezó a trepar, y su dedo dibujó una cruz en la mejilla, y entonces lo tuve.

Luego, descollaron en admiraciones, y aullidos y zapateos, y aplausos, hasta que Tom Sawyer se sintió tan orgulloso y feliz que no sabía qué hacer consigo mismo.

Y entonces, el Juez miró fijamente sobre la mesa, y dijo:

—Mi muchacho, ¿viste tú los varios detalles de esta extraña conspiración y tragedia que has descrito?

—No, Su Señoría, no vi ninguno.

—¡¿No viste ninguno?! ¡Pues contaste la his-

toria fluidamente, tal como si la hubieras visto con tus propios ojos! ¿Cómo lo lograste?

Tom dijo con soltura y confianza:

—Oh, solo fijándome en las evidencias, y atando cabos por aquí y por allá, Su Señoría; un ordinario trabajito de detective, cualquiera lo habría podido hacer.

—¡Nada de eso! Ni uno en un millón habría podido hacerlo. Eres un chico sorprendente.

Luego, todo fluyó y todos los asistentes dieron a Tom otra ronda de aplausos, y él... ¡Vaya, él no hubiera vendido aquel momento ni por una mina de plata! Después dijo el Juez:

—¿Pero estás seguro de que has descubierto la verdad de esta curiosa historia?

—Perfectamente, Su Señoría. Aquí esta Brace Dunlap... déjelo negar su participación si se atreve a arriesgarse... Me comprometo a hacerle desear no haber dicho absolutamente nada...¿Lo ven? Está muy silencioso. Y su hermano también está muy silencioso; y los cuatro testigos que tanto mintieron, y fueron pagados

para ello, también están muy silenciosos. Y en cuanto a tío Silas, no hay necesidad de que se ponga el ancla... Yo no creería lo que ha dicho ni estando bajo juramento.

Bueno, bueno, esta salida les hizo gritar y hasta el Juez se desternilló de risa. Tom se sentía como en un arcoíris. Cuando terminaron las risotadas, levantó los ojos hacia el Juez y dijo:

–Su Señoría, hay un ladrón en esta sala.

–¿Un ladrón?

–Sí, señor. Y lleva encima los diamantes de doce mil dólares.

¡Dios santo, qué revolución! Todos empezaron a gritar:

–¿Quién es? ¿Quién es? ¡Desenmascáralo!

Y el Juez dijo:

–Señálalo, muchacho. Sheriff, usted le detendrá. ¿Cuál es?

Dijo Tom:

–Este tardío difunto... Júpiter Dunlap.

Hubo otro estallido de excitación y admira-

ción; pero Júpiter, que estaba asombrado desde mucho antes, estaba justamente petrificado de asombro. Y rompió a hablar, casi llorando, y dijo:

—¡Eso es mentira! Su Señoría, esto no es justo; estoy ya bastante mal sin este nuevo asunto; hice las otras cosas, sí; Brace me impulsó a ello, y me persuadió, y prometió hacerme rico algún día, y lo hice, y me arrepiento de haberlo hecho, y quisiera no haberlo hecho, pero no he robado ningunos diamantes, ni tengo ningunos diamantes. ¡Que me parta un rayo si los tengo! El sheriff puede registrarme y verlo.

Tom dijo:

—Su Señoría, no fue correcto llamarlo ladrón, y hago caso omiso de ello. Él sí robó los diamantes, pero no lo sabe. Se los robó a su hermano Jake cuando ya estaba muerto, luego de que Jake se los robó a los otros ladrones, pero Júpiter no sabía que los estaba robando; y ha estado por aquí gastando suela con ellos durante un mes; sí, señor, doce mil dólares en diamantes puestos encima... Todas esas riquezas

encima, y él andado por ahí como un hombre pobre. Sí, Su Señoría, ahora los tiene consigo.

El Juez alzó la voz y dijo:

—Regístrele, sheriff.

El sheriff le registró de arriba abajo, por todas partes: buscó en su sombrero, en sus calcetines, en los forros de su ropa, en las botas, en todas partes; y Tom continuaba callado, proyectando otro «efecto» de los suyos. Finalmente, el sheriff se rindió, y todos se veían decepcionados y Júpiter dijo:

—¡¿Lo ven ahora?! ¿Qué les dije?

Y dijo el Juez:

—Parece que esta vez te has equivocado, mi muchacho.

Entonces Tom adoptó cierta actitud y se puso a analizar con toda su alma, rascándose la cabeza. Después, sorprendentemente, alzó la mirada y dijo:

—¡Oh, ahora lo tengo! ¡Lo había olvidado!

Lo cual era mentira, y yo lo sabía. Después dijo:

—¿Alguien tendría la bondad de prestarme un

pequeño destornillador? Había uno en el maletín que arrojaste de tu hermano, Júpiter, creo que no lo tienes contigo.

—No, no lo cogí. No lo quería y lo tiré.

—Lo hiciste porque no sabías para qué servía.

Júpiter se había calzado las botas nuevamente, entre tanto, y cuando el objeto pedido por Tom fue pasado sobre la cabeza de la gente, Tom dijo a Júpiter:

—Pon los pies en esa silla.

Se arrodilló y empezó a destornillar la placa del tacón, con todos mirándole; y cuando extrajo de la bota el diamante gigante, levantándolo en alto, y dejando que destellara y refulgiera e irradiara luz por todas partes, todo el mundo perdió el aliento; y Júpiter se vio tan afligido y consternado como nunca se ha visto a alguien. Y cuando Tom levantó el otro diamante, se puso peor aún. ¡Cómo no! ¡Él pensaba que habría podido escapar, ser rico e independiente en una tierra extranjera, si solo hubiera tenido la suerte de adivinar para qué servía el destornillador que cargaba en el maletín!

Fueron momentos excitantes, y Tom obtuvo cántaros de gloria. El Juez tomó los diamantes, se puso de pie, aclaró su garganta y levantó las gafas sobre su cabeza y dijo:

—Yo los guardaré y avisaré a sus propietarios; y cuando vengan a buscarlos será un verdadero placer para mí entregarte los dos mil dólares porque te los has ganado... como te has ganado los más profundos y sinceros agradecimientos de la comunidad, por librar a una calumniada e inocente familia de la ruina y la vergüenza; y salvar a un honorable y buen hombre de una muerte indigna; y por exponer a la infamia y el castigo de la ley a una odiosa y cruel banda y a sus miserables criaturas.

Bueno, señor, si hubiera habido una banda tocando algo de música habría sido el mejor espectáculo que he visto y Tom dijo lo mismo.

Luego, el sheriff sometió a Brace Dunlap y a su banda, y al mes siguiente el Juez los llevó a juicio y los encarceló. Y todos regresaron atropelladamente a la pequeña y vieja iglesia de tío Silas, y fueron amorosos y gen-



tiles con él y con su familia y no sabían qué más hacer por ellos; y Tío Silas predicó los peores sermones, lo más malos, rebuscados y absurdos que uno puede resistir; capaces de despistar a cualquiera, y de confundir de tal forma que no se podía regresar a casa en pleno día; pero la gente no se retractaba y pensaba que eran los sermones más claros, elegantes y perfectos del mundo; y se sentarían ahí a llorar, por compasión y por amor; pero, ¡de verdad! a mí me producían un embotellamiento en el cerebro, me daban vértigos y vahídos, y me estrujaban los pocos sesos que tenía, hasta solidificarlos. Pero, poco a poco, lo que realmente esperaban del anciano era que su inteligencia se fuera restableciendo, y que recuperava su sensatez, lo cual no es adulación, creo.

Y así, toda la familia andaba feliz como pájaros y nadie podía estar más agradecido y cariñoso con Tom Sawyer de lo que ellos estaban. Y lo mismo conmigo, a pesar de que no hice nada. Y cuando llegaron los dos mil

dólares, Tom me dio la mitad, sin decir nada a nadie, lo cual no me sorprendió, pues lo conocía muy bien.







**Tom Sawyer Detective** de Mark Twain  
fue editado bajo el número siete en la

COLECCIÓN  
Literatura  Justicia

Por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente  
Gustavo Jalkh Röben  
en junio de 2014  
con un tiraje de 30 000 ejemplares para ser distribuidos en  
forma gratuita en todo el país por el diario *El Telégrafo*.

Para este libro se han utilizado los caracteres Fairfield LT  
Ligh 12 puntos.







